

La esfinge sin secreto

Ricardo López Aranda

PERSONAJES

CORO.

EL MENSAJERO.

EDIPO.

LA ESFINGE.

CREONTE.

YOCASTA.

TYRESIAS.

ANTÍGONA.

ETEOCLES.

POLINICE.

ISMENE.

EL EMISARIO.

FORBAS.

DIOS PRIMERO.

DIOS SEGUNDO.

DIOS TERCERO.

DIOS CUARTO.

DIOSA PRIMERA.

DIOSA SEGUNDA.

La escena es un gran fondo infinito azul de cielo estrellado. Plaza mayor de Tebas. A la derecha, primer término, gran escalinata de mármol blanco del palacio de EDIPO. A la izquierda, también en primer término, túmulo funerario con antorchas encendidas. El suelo está formado por grandes losas de piedra gris. El palacio de EDIPO presenta una perspectiva de

gigantescas columnas y cortinajes rojos. Gran gong colgado de la primera columna. Fondo de murallas. Los decorados, más bien apuntes, deben destacar un sentido de irrealidad. Durante toda la obra se oye el rítmico golpear de un tambor cuyo sonido se acentúa en los momentos de tensión, pasando a ser en el resto un fondo lejano, monocorde, obsesionante. No he creído necesario precisar a qué personaje corresponde cada frase del coro. El director de escena debe poner en labios de cada uno la palabra conveniente.

Derecha e izquierda siempre del espectador.

Acto I

CORO.- Edipo... Edipo... Edipo...

.- ¿Ha aparecido ya?

.- No. Aún no.

.- El firmamento se ha poblado de extrañas algas luminosas.

.- La ciudad parece sumergida en un misterioso mar inmóvil.

.- En los campos.

.- En las plazas.

.- En los templos.

.- En todas partes ha sido buscado.

.- ¡No hay huella de Edipo!

.- Edipo...

.- La luna se ha quebrado como un espejo...

.- Y el azul tiene cortes sangrantes...

.- Son las venas abiertas de algún dios que agoniza.

.- Los dioses no mueren: sólo los hombres.

.- Edipo... Edipo... Edipo...

.- Quizás haya sido arrebatado al Olimpo en un carro de fuego: era demasiado grande para permanecer tanto tiempo entre los mortales.

.- Edipo es un hombre, no un dios. El más perfecto de

los hombres, pero no un dios.

.- Mirad, mirad... Están aquí las estrellas, todas las estrellas... Han acudido con sus múltiples ojos vibrátiles a la gran cita de los hombres y los dioses...

.- ¡Oh, Edipo! Toda la ciudad espera tu vuelta arrodillada ante las puertas de tu gran palacio de mármol blanco.

.- Este año ha tardado más que nunca en volver de su viaje.

.- Algo terrible hace presagiar el vuelo de las aves...

.- Son insensatos estos viajes anuales, siempre lo dije. Cuando vuelve está como loco durante unos días. Luego, es cierto, cae de nuevo en la normalidad. ¡Pero esta vez son ya tres meses de locuras!

.- Y esta huida... ¿Por qué habrá huido? ¿De quién puede tener miedo el más poderoso de los hombres?

.- Mirad...

.- Mirad allí...

.- ¡Un cometa!...

.- ¡Un cometa!...

.- Algo va a suceder que hará entrecocar las montañas y abrirse los océanos en mil abismos poblados de extrañas lunas vegetales.

(Llega un MENSAJERO.)

EL MENSAJERO.- Ha aparecido.

CORO.- ¡Oh, Edipo!

.- De nuevo viene la vida a nuestros rostros.

.- La ciudad entera respira con su gran pulmón de mármol blanco.

.- Di, mensajero: ¿Dónde fue hallado el gran Edipo?

EL MENSAJERO.- Se bañaba, desnudo, en las fétidas aguas de los vertederos, en las afueras de la ciudad.

CORO.- ¡Oh, dioses!... ¡Adónde le ha conducido su locura!

.- ¿Qué pecado habremos cometido para que nuestro

rey así haya de sufrir?

.- Él ha cogido sobre sí los pecados de su pueblo.

.- Nuestra es la culpa de su extraño dolor cada año renovado.

(Entra EDIPO. El CORO se arrodilla a su paso. Junto a él viene LA ESFINGE visible tan sólo para EDIPO.)

CORO.- Edipo... Edipo... Edipo...

EDIPO.- ¡Oh, pueblo! Olvidad vuestros llantos. De nuevo estoy entre vosotros.

CORO.- ¿Por qué así nos abandonas, ¡oh, rey!, una vez cada año desde que hace veinte sucediste a Layo?...

.- Nuestras doncellas agonizaban en tu ausencia...

.- Nuestros niños perdían su sonrisa...

.- Y el cielo se poblaba de terrible signos indescifrables...

EDIPO.- ¡Callad! Os digo siempre: no preguntéis al vientre de las aves lo que va a suceder. Es mejor no saber. Vivir en la ignorancia del futuro. En cuanto a mí os prometo que ya no volveré a abandonaros. Pero no me preguntéis más, pues no os podré responder. Volved a vuestras fiestas y a vuestros juegos. Reine de nuevo la paz y la alegría en la ciudad. Divertíos y gozad, apretadamente, como si cada día fuera el último y cada noche la postrera. Ese ha sido, lo sabéis, el lema de mi reinado. Ahora dejadme. Quiero estar solo.

(Sale el CORO. Quedan en escena EDIPO y la ESFINGE.)

EDIPO.- No te han reconocido.

LA ESFINGE.- Jamás me vio ninguno de ellos. Todos los que vieron a la Esfinge murieron. Todos menos uno.

EDIPO.- Edipo, el gran Edipo... Bien caro me cuesta haber sobrevivido a tu vista.

LA ESFINGE.- No debiste perdonarme la vida. Te

previne.

EDIPO.- Quise saber. Era bien loco entonces. Esto me ha perdido. Ahora no es posible retroceder.

LA ESFINGE.- Aún puedo morir a una palabra tuya.

EDIPO.- ¿De qué podría servirme? El mal ya no está en ti, sino en mí. Aunque tú murieras ¿dejaría yo de saber todo lo atroz de mi destino que por ti he conocido?

LA ESFINGE.- Nunca. Sólo la muerte podrá borrar de ti tu cruel sabiduría del futuro.

EDIPO.- Sí.

LA ESFINGE.- Cada año te fui diciendo lo que iba a suceder.

EDIPO.- Y he aquí que ha llegado el tiempo en que ha de suceder lo que estaba escrito en las estrellas...

LA ESFINGE.- Tú lo has dicho.

EDIPO.- (Señalando al cielo.) Mira...

LA ESFINGE.- ¿Y...? Hace miles de años que las miro. Son siempre las mismas...

EDIPO.- ... Mis estrellas...

LA ESFINGE.- Es aburrido.

EDIPO.- Era una noche así cuando me dijiste: matarás a tu padre. Yo exclamé: nunca haré tal cosa. Y tú: Está ahí, llega con sus servidores por ese camino. Y yo: No lo mataré. Y tú: ¿Crees que eres dueño de tu destino? Lo has de matar aun en contra de tu voluntad.

LA ESFINGE.- No recuerdes. No vivas del pasado.

EDIPO.- Entonces, ¿he de vivir de ese horrible futuro que conozco?

LA ESFINGE.- No. Vive el presente. Vive cada momento. Despreocúpate del ayer y del mañana.

EDIPO.- No puedo. No podré ya nunca.

LA ESFINGE.- ¿Entonces...?

EDIPO.- ¡Ojalá me hubiera sido dado ser uno de tantos

para los que el ayer es sólo una nebulosa y el mañana un enigma! Para sólo vivir el hoy. Pero es terrible este poder de los dioses que me ha sido concedido de tener en mí, con tanta claridad como el presente, lo ocurrido ayer y lo que mañana ha de suceder fatalmente.

LA ESFINGE- No pienses en eso.

EDIPO.- ¿Cómo puedes decirme tales cosas, precisamente tú, Esfinge, tú cuyo dolor es similar al mío, tú que todo lo sabes? ¡Oh, triste destino el de los dioses, para los que nada hay incierto, para los que todo tiene un rostro conocido y una fecha determinada e inviolable!

LA ESFINGE- ¿Y bien? Ya nada es imposible hacer.

EDIPO.- Jamás debiste permitirme violar tus secretos.

LA ESFINGE- ¿Crees que lo hice voluntariamente? Un dios superior a mí me obligó.

EDIPO.- Y, a ese ¿quién mandó que tal cosa dispusiera?

LA ESFINGE- Quizá otro. No sé. O bien la palabra primera sea tan sólo un eco. Una voz inexistente. Un caos primero del que todo deviniera...

EDIPO.- ¡Ay...!

LA ESFINGE- ¿Qué miras?

EDIPO.- La luna... Se acerca el tiempo en que ya no podré mirar. Todos se preguntan: ¿Adónde va Edipo en sus extrañas desapariciones? Tú lo sabes. Quiero conocer, palmo a palmo, el camino que un día recorreré ciego, apoyado en los hombros de mis hijas.

LA ESFINGE- Es bella tu ciudad, con sus templos, sus columnas, y sus casas bañadas por el resplandor azulado de la luna.

EDIPO.- ¡Oh, triste ciudad! Sobre la que un dios fijó su mirada aherrojándola a un destino atroz.

LA ESFINGE- Hay fiestas por tu llegada. Todos son luminarias. Es triste.

EDIPO.- Lo peor será cuando sepan lo terrible que entre ellos ha estado sucediendo durante años. Lo más espantoso del hombre está en el conocimiento. Si al nacer todo nos fuera conocido, la vida no sería posible.

LA ESFINGE.- Di al pueblo lo que ha de suceder. El dolor compartido, amengua.

EDIPO.- No. Quiero sufrir yo solo. No haré sufrir a los que me quieren por una culpa que es sólo mía.

LA ESFINGE.- ¿Quién puede decir eso? Quizá los dioses hayan querido purificar en ti el pecado de todos.

EDIPO.- Los amo demasiado. Si yo no pude salir de esta monstruosa red, procuraré salvar a los que nada saben. Les procuraré una muerte rápida, como les di una vida feliz.

LA ESFINGE.- ¿Sabes si te será permitido por los dioses?

EDIPO.- Es mi última tentativa.

LA ESFINGE.- La experiencia de otras veces ¿no te hace ver que es inútil huir de un destino prefijado?

EDIPO.- Sin embargo, debo intentarlo. La vida del hombre no es sino un intento siempre frustrado, siempre recomenzado de hacerse a sí mismo. Cuando deje caer las manos a lo largo del cuerpo puedes pensar: Edipo ha muerto.

LA ESFINGE.- Pero, ¿por qué agotarse en esta lucha contra el destino? Despreocúpate.

EDIPO.- No. Sólo en esta lucha me siento existir.

LA ESFINGE.- ¿Y si todo no fuera sino un espejismo? Es decir, que tu existencia personal hubiera sido concebida desde el principio como lucha.

EDIPO.- Quizá...

LA ESFINGE.- Entonces ¿a qué seguir si sabes perdida la batalla? De otro lado, es injusto que decidas su vida sin consultarles.

EDIPO.- No decido su vida, sino su muerte. No es lo mismo. De todas formas ambas fueron decididas antes por otros y, también, sin consulta previa... Oigo pasos...

LA ESFINGE.- Son Yocasta y Creonte, que vienen en tu busca.

EDIPO.- Entremos. No quiero ver a nadie ahora. Quizá no podría resistir el acoso de sus preguntas. Es atroz este silencio. Me consume como la más terrible de las enfermedades. Tengo el alma leprosa. Hoy sé por qué los

dioses se ocultan a los mortales: no tienen rostro, sólo una purulenta mascarilla de barro.

(Salen. Entran YOCASTA y CREONTE.)

CREONTE- ¿Qué te ha dicho?

YOCASTA- Nada. Ha huido.

CREONTE- ¿Entonces...?

YOCASTA- Siempre es lo mismo. Después de estas salidas no quiere ver a nadie. Luego es preciso comenzar todo de nuevo como si nada hubiera sucedido. No sé si es que realmente olvida o quiere guardar para sí sólo el secreto de sus andanzas.

CREONTE- ¿En qué se ocupaba durante los días anteriores a su huida?

YOCASTA- Es todo tan extraño...

CREONTE- No temas asombrarme. Estoy acostumbrado a sus rarezas.

YOCASTA- Tejía una red, una tupida red de oro para pescar, decía, las estrellas del estanque. Antes las cogía en el cuenco de la mano para beberlas. Y ha llenado el palacio de falsas lunas colgantes de plata y marfil.

CREONTE- ¿Crees que está realmente loco?

YOCASTA- ¿Qué puede importar eso? Es el rey. Entre reyes el deber está por encima del amor.

CREONTE- El pueblo murmura. Dicen que ha perdido la razón.

YOCASTA- ¿No son bastante felices?

CREONTE- Eso es lo malo. Lo son demasiado. Si tuvieran hambre y sed, y miserias no se ocuparían de política. Un estómago vacío mal puede pronunciar discursos.

YOCASTA- Él es bueno y justo y honrado.

CREONTE- He aquí porqué es mal gobernante. Layo era orgulloso y distante como corresponde a un rey. Y todos le temían. En el temor está el principio de autoridad de un reinado.

YOCASTA.- Es triste el oficio de rey. Nos obliga a dejar de ser humanos. Layo cuando fue muerto no era ya un hombre sino una piedra. Nada vivo había en él. El oficio de reinar endurece.

CREONTE.- Su autoridad no era discutida. Es cuanto concierne a un príncipe.

YOCASTA.- Pero ¿es que un soberano no puede tener un corazón y dejarse llevar por sus impulsos?

CREONTE.- Veo que Edipo te ha contagiado su locura.

YOCASTA.- No se vive en vano junto a un hombre durante veinte años.

CREONTE.- Te desconozco. ¿Eres tú misma la reina que en otro tiempo sacrificó a su único hijo por razones de seguridad?

YOCASTA.- No hablemos de eso. Es inútil desenterrar el pasado.

CREONTE.- Edipo...

YOCASTA.- ¿Qué encuentras en él de reprochable?

CREONTE.- Está excesivamente cerca del pueblo. Se deja ver demasiado. Una monarquía sólo es sostenible si la sala del trono es lo suficientemente grande como para que el pueblo no se dé cuenta de que el rey no es sino otro hombre como cada uno de ellos.

YOCASTA.- ¿Crees entonces que existe un verdadero peligro?

CREONTE.- Es mala señal que la conducta de un príncipe corra de boca en boca. Los príncipes, como los dioses, no deben ser invocados sino en las grandes ocasiones. El uso diario los desgasta como las piedras del camino.

YOCASTA.- ¿Qué debo hacer?

CREONTE.- Aún nada. Por ahora el pueblo está demasiado ocupado con sus dioses y sus fiestas. Hace bien Edipo en fomentar la religión y los deportes. Aleja a los espíritus de las cuestiones del Estado.

YOCASTA.- ¿Habla contigo a menudo?

CREONTE.- No. Y he notado que a ti también te huye.

Pero no debe preocuparte, hermana. Es lo mismo con todos. Con sus hijos incluso. Tiene una locura solitaria. Yo, por mi parte, prefiero que calle a que grite.

YOCASTA.- Pero no...

CREONTE.- Pero no... ¿Qué?

YOCASTA.- Él habla solo. Dialoga consigo mismo, pero de una forma extraña pues deja paréntesis de silencio y luego continúa como si otro, fuera de sí mismo, le hubiera contestado.

CREONTE.- Vayamos a consultar a los augures. Leamos en el roto vientre de las aves el incierto porvenir de Tebas.

YOCASTA.- Pero Edipo ha prohibido leer el futuro, ya en los pájaros, ya en las estrellas, ya de otro modo cualquiera.

CREONTE.- Nunca llegará a saberlo. Vamos.

(Salen. El sonido del tambor se ha acentuado durante un momento. Luego desaparece. Entran ANTÍGONA y TYRESIAS, el ciego.)

TYRESIAS.- ¿Falta aún mucho, Antígona...?

ANTÍGONA.- No. Estamos ya en la gran plaza frente al palacio de mi padre todo bañado de luna, estrecho y alargado como una tumba gigantesca de cuarzo transparente.

TYRESIAS.- Siento que la noche está sobre nosotros.

ANTÍGONA.- Sí. Y me inquieta con sus murmullos imprecisables y sus sombras tibias y vibrátiles como alas de murciélago.

TYRESIAS.- ¡Antígona..!

ANTÍGONA.- Phsss... Escucha: ¿Es el ladrido de un perro o un grito humano eso que nos viene a los oídos rebotando en los montes? Me estremezco pensando que puedo pisar alguna de esas mariposas negras de que hablan los libros sagrados.

TYRESIAS.- Pequeña, te preocupas por cosas fuera de tu edad. La vida está ante ti y te ofrece sus bronceados hombros para cabalgar y reír. No pienses. No es tiempo aún de pensar

para ti.

ANTÍGONA.- ¡Oh Tyresias! Ojalá hubiera yo también nacido ciega como tú para no ver sino la luz interior de mi espíritu y poder leer en el vientre de las aves los mensajes de los dioses y el lenguaje de los astros en la llanura infinita de los cielos. Yo miro la gaviota y digo: un sol le nace en las alas a cada giro, y su brillo de nieve me ciega. Miro las estrellas y digo: Son los ojos metálicos extrañamente vivos de la gran loba. Pero nada sé de cómo estos signos misteriosos se relacionan con la vida de los hombres.

TYRESIAS.- Rechaza esos pensamientos demasiado terribles para ti.

ANTÍGONA.- No puedo. Es como si alguien fuera de mí me empujara. Soy toda una mano gigantesca en espera de lo que ha de venir.

TYRESIAS.- Princesa, temo que no viváis mucho tiempo. Vuestro frágil cuerpo de niña no podrá resistir el peso de tan gran espíritu.

ANTÍGONA.- Me gusta la risa de los niños y el rielar de la luna sobre la piel tibia, asustada, del estanque, y la cumbre que la nieve dora y la flor húmeda del rocío. Pero escucho una voz que me dice: ¡Antígona! ¡Antígona!... ¿Por qué huir de tu signo si es irremediable que todo ha de suceder conforme está prescrito?

TYRESIAS.- ¿Qué sabes tú?

ANTÍGONA.- ¿Saber? Nada sé con certeza.

TYRESIAS.- Algo te habrá sido revelado.

ANTÍGONA.- No. Sino esta inquietud. Este desasosiego.

TYRESIAS.- ¿Hace mucho que sientes en ti esas extrañas señales?

ANTÍGONA.- Desde niña, sobre todo durante las largas noches insomnes de verano, cuando la sangre borbotea en las sienes y parece como si la noche fuera a estallar sin un crujido. Pero sólo hoy me han asaltado durante el día. Tengo frío...

TYRESIAS.- Arden las piedras de la plaza. Estás enferma.

ANTÍGONA.- No. Es mi padre que se acerca. Su presencia se me anuncia siempre por este extraño temblor que me hace vibrar como un junco entre los dedos de la brisa

nocturna.

(Entran EDIPO y LA ESFINGE.)

EDIPO.- Antígona.

ANTÍGONA.- Padre...

EDIPO.- ¿Paseasteis toda la tarde?

ANTÍGONA.- Sí.

EDIPO.- ¿Por las plazas?

ANTÍGONA.- No. Bien sabes, señor, que el pueblo celebra la fiesta de tu llegada aún después de veinte años. No es para mí agradable un espectáculo de todos los días.

EDIPO.- ¿Por la gran colina, quizá?

ANTÍGONA.- No.

EDIPO.- ¿Entonces?

ANTÍGONA.- Mira. Es una gran caracola que he traído para ti.

EDIPO.- Tyresias, te ordené que no la llevaras junto al mar. Sus noches son después una tortura para todos con sus gritos y sus llantos, presa de ese inexplicable horror que la posee en sueños y del que a la aurora no se acuerda ni del mínimo detalle.

EDIPO.- ¿Qué le pasa esta noche, Tyresias?

TYRESIAS.- Siempre está así. Ha heredado tu genio pero también tu locura.

EDIPO.- Antígona, quiero hacerte una pregunta.

ANTÍGONA.- Di, señor.

EDIPO.- ¿Qué... qué muerte guardarías para ti si algún dios te diera a escoger en su paleta de posibles?

ANTÍGONA.- ¿Morir?... ¿Es que voy a morir?

EDIPO.- Es sólo un juego.

ANTÍGONA.- ... Escogería el mar... Sí, el mar, en esa hora incierta en que el sol retira sus doradas redes del verde

corazón inmóvil. Para que todo el océano infinito sea mi ataúd. Y las algas tejan para mí un sudario de membranas vegetales extrañamente vivas.

TYRESIAS.- No debiste, señor, hablarle de muerte. Es aún una niña. Una niña loca para la que la muerte es sólo una palabra y un bonito sueño para jugar sentada en las esquinas.

EDIPO.- ¿Nada te han dicho tus voces?

TYRESIAS.- Nada aún que no sean palabras felices para ti y para tu pueblo.

EDIPO.- Aún no ha llegado tu tiempo. Reza mañana con más fervor que nunca a los dioses durante la fiesta. Te hablarán.

TYRESIAS.- ¿Cómo lo sabes? ¡Oh rey!... ¿Acaso te han hablado a ti?

EDIPO.- Quizá... ¿En qué piensas, Antígona?

ANTÍGONA.- En esa muerte bajo el agua. Veré brillar cada noche el doble cielo estrellado sobre mi cabeza. Y la luna inmóvil en el cielo, clavada como una cometa amarilla en un fondo de carbón, se quebrará en la superficie a cada impulso de mi brazo...

EDIPO.- Está bien. Entrad y dormid. Es preciso que los cuerpos estén descansados y los espíritus lúcidos para la gran fiesta de mañana.

(**ANTÍGONA y TYRESIAS entran en palacio. LA ESFINGE que ha salido de su rincón ríe de pronto.**)

EDIPO.- ¿De qué te ríes?

LA ESFINGE.- De eso que estás pensando.

EDIPO.- Pero...

LA ESFINGE.- No puedes matarla.

EDIPO.- ¿Entonces...?

LA ESFINGE.- Tiene un destino que cumplir. Tú también tienes el tuyo. Ningún hombre puede sobreponerse a su destino ni intervenir en el de los demás. La confección de las vidas de los hombres es la única diversión de los

dioses. ¿Qué miras, señor?

EDIPO.- Esta caravana de hormigas ¿Sabrán ellas que sus caminos no van a ninguna parte? ¿Que es todo un correr en pos de los pasos prefijados? Van ciegamente una en pos de otra ilusionándose a cada nuevo hallazgo.

LA ESFINGE.- ¡Acaso sois los hombres de distinta naturaleza?

EDIPO.- Ellas al menos no saben. Tienen su eternidad en cada instante. Porque ignoran que hay un mañana y hubo un ayer.

(Aparece TYRESIAS en la puerta del palacio.)

TYRESIAS.- Edipo, si algo temes de los dioses, hay un medio de salvarte tú y salvarnos a todos.

EDIPO.- ¿Cuál?

TYRESIAS.- Arrepiéntete.

EDIPO.- Me haces reír, ¡Oh Tyresias! ¿Puede el rayo arrepentirse de abatir el roble? ¿Pueden las rocas arrepentirse de contener el mar? ¿Puede la mujer madura arrepentirse de haber quedado estéril?

TYRESIAS.- ¿Y bien...?

EDIPO.- ¿Pueden los hombres arrepentirse de lo que fue decidido por los dioses?

TYRESIAS.- No eres, Edipo, responsable de tus palabras. Tus blasfemias son producto de tu locura. Mas temo, sin embargo, que alguna terrible desgracia se cierne sobre Tebas.

(Sale TYRESIAS. Entra ISMENE, ETEOCLES y POLINICE. Ven cómo EDIPO entra en el templo.)

ETEOCLES.- Nuestro padre va a orar.

POLINICE.- Pasa las noches enteras al pie de los altares.

ISMENE.- Tiene locura religiosa. La más peligrosa de todas.

ETEOCLES.- Pero Ismene...

POLINICE.- ¿Seguimos nuestro juego?

ISMENE.- Sí. Pues ha ganado Polinice, es a él a quien corresponde la corona.

(Juego escénico. ISMENE coloca en la cabeza de POLINICE una corona de cartón. Cómico.)

POLINICE.- Nadie tensa el arco como yo.

ETEOCLES.- Pero ninguno resuelve acertijos mejor que yo.

ISMENE.- Nuestro padre hace ambas cosas mejor.

POLINICE.- Yo hablo de hombres. No de reyes.

ISMENE.- ¿Dónde está la diferencia? Mírate a ti mismo ¿No eres acaso un hombre? Y sin embargo, serás rey.

ETEOCLES.- Yo también lo seré. Alternaremos la corona. Ya lo hemos convenido.

(Quita a su hermano la corona de cartón y se la pone. Juego escénico.)

POLINICE.- Escuchad. Nuestro padre llora.

ISMENE.- No es de reyes llorar. Tampoco de hombres. Yo soy mujer. Jamás he llorado.

ETEOCLES.- No pareces humana. Nuestro padre lo dice siempre.

ISMENE.- ¿Nuestro padre?

POLINICE.- Sí. Cuando paseamos con él le gusta hablar de todas las cosas.

ETEOCLES.- Últimamente sólo lo hace del destino de la ciudad y de nuestra propia familia.

ISMENE.- ¿Y qué dice?

POLINICE.- Habla un extraño lenguaje. Se pone muy

triste.

ETEOCLES.- Luego se aparta de nosotros para llorar.

ISMENE.- ¿Y adónde os lleva?

POLINICE.- Recorremos el contorno de la ciudad. Más allá de las murallas. Por el campo. A veces, a veces se vuelve, nos mira, y murmura con labios temblorosos: Aquí será.

ETEOCLES.- Un día nos llevó a la cima del Citerón. Señaló un punto de la gran roca de la cumbre. Y me dijo: Tiéndete. Sí: es el lugar preciso, tal como me fue revelado. Y luego, alzando la vista al cielo: he aquí que los buitres están también a la espera.

POLINICE.- Y el cielo se pobló de pronto de grandes pájaros negros nadando en el lago rojizo de la tarde.

ETEOCLES.- Y entonces sentí una angustia terrible. Y todo aquello me resultaba conocido. Como si lo hubiera visto en una vida anterior.

ISMENE.- El pueblo comienza a darse cuenta de su locura.

POLINICE.- Al volver me llamó aparte. Me hizo sentar en el trono y puso su diadema de oro sobre mi cabeza.

ETEOCLES.- ¿Qué puede hacerse?

ISMENE.- Quizá no tengáis que esperar su muerte para reinar.

ETEOCLES.- Yo nunca lo haría.

POLINICE.- Es nuestro padre.

ISMENE.- No. Es el rey. Y el bien del pueblo debe estar por encima de vuestros sentimientos. Sois débiles. El vuestro no será un reinado dichoso. Olvidáis que un gobernante debe sacrificar su corazón a su cabeza y sus afecciones personales a los deberes de gobierno.

ETEOCLES.- Hablas el mismo lenguaje que nuestro tío Creonte.

POLINICE.- Pero tú misma dijiste antes: un rey es igual a otro hombre.

ISMENE- No es lo mismo ser rey que gobernar. Una cosa es un título y otra el poder. Tú, Polinice, ¿qué preferirías?

POLINICE- Ser rey es bello. Gobernar, enojoso.

ETEOCLES- Pero, para gobernar con justicia, es preciso ser inteligente.

ISMENE- ¡Me dais asco!

POLINICE- Ismene... ¿Por qué dices eso?

ETEOCLES- ¿Acaso no reina nuestro padre Edipo?

ISMENE- Pero es Creonte quien gobierna. Entre él y nuestra madre llevan las riendas del gobierno. Edipo nunca supo hacerlo. Es demasiado grande para ocuparse del Erario Público. Sólo sabe decretar fiestas y banquetes, pero no se pregunta de dónde han salido los fondos, pues, el pueblo, está exento de tributos por orden suya.

POLINICE- Edipo es el más grande de los hombres.

ISMENE- Sin Creonte hace tiempo que el reino hubiera ido a la bancarrota.

ETEOCLES- ¿Olvidas que fue nuestro padre quien venció a la Esfinge?

ISMENE- Pues, bien. Será un adivino. Pero no es oficio de adivinos el de gobernar.

POLINICE- ¿Entonces...?

ISMENE- Para rey le sobraría grandeza de alma, no lo dudo. Pero, para gobernante, le faltan astucia y dotes de comercio.

ETEOCLES- Me parece que llevamos una conversación superior a nosotros ¿Seguimos jugando...?

ISMENE- No.

POLINICE- ¿Por qué...?

ISMENE- No quiero, simplemente.

ETEOCLES- ¿Te has enfadado?

ISMENE- Sí.

POLINICE- ¿Y por qué?

ISMENE- Os miro y no puedo sino despreciaros. Sois igual que vuestro padre. Él sólo sabe descifrar enigmas. Y rezar a los dioses, a la luz de las antorchas. Vosotros a jugar que sois reyes cuando ni siquiera sois hombres. Os odio por el dolor que un día causaréis a Tebas. Sois débiles y cobardes como mujeres. Es... ¡es injusto que sea el azar quien corone una cabeza!

(Sale. POLINICE y ETEOCLES se miran con asombro. Ríen de pronto y entran jugando en palacio.)

(Entra EL EMISARIO. Queda un instante indeciso en medio de la escena, como si no supiera qué dirección tomar. EDIPO sale del templo.)

EDIPO.- ¿A quién buscas?

EL EMISARIO.- Me dijeron que éste era el palacio de Edipo.

EDIPO.- ¿Eres extranjero?

EL EMISARIO.- Lo soy.

EDIPO.- ¿Qué buscas en esta ciudad?

EL EMISARIO.- Traigo un mensaje para su rey.

EDIPO.- Yo soy.

EL EMISARIO.- ¡Oh, señor! Perdona que no te haya reconocido. Jamás vi a Edipo, pero por tu majestad en el hablar, debí suponer que eras tú Edipo, el elegido por los dioses.

EDIPO.- Di tu mensaje.

EL EMISARIO.- Me envía el rey de los Átridas. Tus deseos han sido cumplidos. Mi señor estará esta misma noche a las puertas de la ciudad con su gran ejército.

EDIPO.- Creí que ya no llegaría a tiempo. Es mejor que no os dejéis ver aún, sin embargo.

EL EMISARIO.- Nadie sabrá nuestra llegada. Nos ocultaremos en los bosques cercanos, en espera de vuestra señal, para invadir la ciudad conforme a lo acordado.

EDIPO.- Prometí a vuestro rey que le entregaría, a cambio de su atroz servicio, estas tierras fértiles y hermosas, cuyo único defecto fue ser visitadas por los dioses. Pero, no ha de quedar piedra sobre piedra de la ciudad de Tebas. Tampoco quiero cautivos. Todos han de morir.

EL EMISARIO.- ¿Cuándo será?

EDIPO.- Mañana, durante la celebración de los solemnes funerales por la muerte de Layo, mi antecesor. Todo el pueblo estará congregado en esta plaza gritando su luto en la voz de las plañideras.

EL EMISARIO.- ¿Y el ejército?

EDIPO.- Fue disuelto por mi mandato.

EL EMISARIO. ¿Y la guardia de puertas?

EDIPO.- Sin armas.

EL EMISARIO.- ¿Cuál será la señal?

EDIPO.- Este gong se oye en todo el reino. Le haré sonar una vez. Será la señal. Sólo se ha utilizado, desde hace siglos, en la muerte de sus reyes. Pero mañana no perderá Tebas un rey, sino que será todo su pueblo quien sucumba. Ahora debes retirarte. Nadie debe saber que Edipo recibió a un extraño en ausencia de su pueblo. Hasta ahora todos mis asuntos los había consultado con él. Pero este negocio debe ser para su bien decidido sin ellos.

(Sale EL EMISARIO. LA ESFINGE, que ha escuchado desde el templo, se acerca.)

LA ESFINGE.- Estás loco, Edipo.

EDIPO.- ¿Has escuchado?

LA ESFINGE.- Todo.

EDIPO.- ¿Y bien...?

LA ESFINGE.- Pienso que es una locura.

EDIPO.- Pero vamos, ¿no sabías que yo iba a decidir esto, tú, conocedora de todos los misterios?

LA ESFINGE.- Yo sé lo que tú sabes, no más. Ambos

sabemos lo que nos ha sido dicho, no más.

EDIPO.- Es por eso por lo que yo quiero decidir sus asuntos de una vez por todas. Los míos ya no puedo. Lo sé. Otro lo hizo antes.

LA ESFINGE.- ¿Quieres igualarte a los dioses?

EDIPO.- ¿Quién pudo hablar nunca de la crueldad de Edipo? Mil muertes hubiera preferido, de mil formas distintas, antes que este cruel y extraño modo de poder. Pero, no queda otra salida. Todas las puertas han sido cerradas.

LA ESFINGE.- Un hombre no es nadie para poder enjuiciar los actos de los dioses.

EDIPO.- ¿Qué somos entonces? ¿Máquinas con un destino prefijado? Este fue el error de los divinos. Dotarnos de una conciencia desde donde podemos, si no destruir, sí maldecirles.

LA ESFINGE.- ¿Por qué maldecir?

EDIPO.- ¿Puede haber mayor crueldad que la de crearnos en contradicción. Nos dicen: eres libre. Pero nosotros sólo tenemos los hilos con que tu vida será entretejida. Tú no eres, sino ese lienzo por nosotros fabricado. El absurdo está en la médula de la naturaleza humana.

LA ESFINGE.- Pero esto los hombres no lo saben. Y, es por esto, por lo que su felicidad es posible.

EDIPO.- Pues ahí tienes la explicación de mi postura. Ellos sabrían mañana. Y ya jamás podrían volver a la inocencia primera, feliz, juguetona y despreocupada. A costa de mi felicidad he pagado la suya. Han tenido años de dicha. No quiero que sufran. Prefiero que mueran. Todo les parecerá un hermoso sueño después...

LA ESFINGE.- ¿Después...? ¿Cómo, después...?

EDIPO.- Porque ¡debe haber otra vida para los mortales! Una vida donde todo acto tenga su justificación o su castigo. He aquí la única explicación razonable. No podemos estar abandonados al absurdo.

LA ESFINGE.- Entonces...

EDIPO.- Desde esa otra vida me verán arrastrarme ciego por todos los caminos de la tierra. Y dirán: he aquí a Edipo, el hombre que llegó casi a la altura de los dioses por la inmolación de sí mismo, por amor de sus súbditos. A él

debemos nuestra felicidad. Vivimos dichosos y morimos inocentes por él. Sin su espada habríamos desesperado a la vista de lo que luego sucedió y habríamos caído en el reino de las sombras.

LA ESFINGE.- Y, ¿cómo saber si te será permitido por los dioses?

EDIPO.- El oráculo sólo a mí y a los de mi estirpe se refiere. Sálvense, al menos, aquellos a quienes no ata ninguna palabra divina.

LA ESFINGE.- Es atributo de los dioses decidir el destino de los mortales.

EDIPO.- ¿Acaso no soy yo mismo un dios?

LA ESFINGE.- Blasfemas, Edipo. Te ciega el orgullo. Un orgullo bien inservible por otra parte.

EDIPO.- ¿Qué es ser dios sino saber y decidir? Pues, bien; yo sé lo que a mí concierne, y me ha sido conferida autoridad sobre la vida de mis súbditos. No hago sino ser lógico. Mi locura es la de la lógica todopoderosa. Ser rey es una forma de ser dios.

LA ESFINGE.- Me das risa, Edipo. Ser rey no es sino otra forma de ser esclavo. Como ser esfinge, sacerdote o vestal. Todos no son, sino oficios. Distintas formas de nombrar una misma cosa.

(EDIPO se abalanza de pronto sobre LA ESFINGE.)

LA ESFINGE.- (Retrocediendo asustada.) ¡Edipo...!

EDIPO.- Bien, has adivinado mi pensamiento.

LA ESFINGE.- ¿A qué matarme ahora? Sería un acto bien inútil. Debiste hacerlo mucho antes. Ahora nada cambiaría.

EDIPO.- Al menos no tendría que soportar tu odiosa presencia y todo cuanto ella significa.

LA ESFINGE.- No lo harás. Sabes que sería peor. Estaría dentro de ti. En tu recuerdo. Tomaría posesión de tu alma.

EDIPO.- A pesar de todo. Sería un acto gratuito. El acto

por sí mismo. Por la embriaguez de su realización. Es posible que el hombre esté solo en estos actos inútiles, sin finalidad. Pues todo fin es en él un proyecto elegido por otro.

LA ESFINGE- Edipo.

EDIPO- ¿Qué...?

LA ESFINGE- Di: La luna.

EDIPO- La luna...

LA ESFINGE- Cógela ¡Es tuya!

EDIPO- No puedo.

LA ESFINGE- Pero si está ahí, en el gong.

(Y la luna está, efectivamente, reflejada en el gong como en un espejo.)

EDIPO- Quisiera matarla.

LA ESFINGE- ¿Por qué?

EDIPO- No puedo poseerla.

LA ESFINGE- ¿Sólo por eso?

EDIPO- Es demasiado bella. No es humana.

(EDIPO ha cogido la gran maza y va a golpear, pero algo le detiene.)

LA ESFINGE- Y bien: ¡Golpea...!

EDIPO- No. Aún no es llegada la hora. Cuando lo haga saltará esa luna y otras muchas rotas en millones de estrellas, que caerán en el mar como una cascada de luz. Por cada muerto, una estrella. Así caerán los soldados sobre los inocentes. Y el mar y la tierra estarán cubiertos de inocentes seres luminosos. La tierra de cadáveres de hombres. Y la luna de cadáveres de estrellas.

Acto II

Rehúso trazar un rígido esquema de decoración y movimiento, pues es ésta labor del director de escena, no del autor.

Quiero hacer destacar, sin embargo, el carácter irreal, casi diría surrealista por llamarlo de algún modo, que este acto debe tener.

Luces extrañas. Ángulos inverosímiles. Ambiente casi submarino, poblado por algas flotantes de tonos cambiantes. Movimiento retardado en los actores. Actitudes y pasos más de ballet que de comedia. Máscaras blancas, sin facciones, tanto para los actores como para el CORO. Fondo de música monocorde, obsesionante.

El CORO salmodia más que recita. Los actores declaman más que dicen. Los personajes son, más que hombres, gigantescas marionetas. Aunque los hilos no se ven, dan más sensación de muñecos que de seres humanos.

Quiero apuntar asimismo la posibilidad de que en los actos primero y tercero los actores estuvieran provistos de media máscara.

Termino con una nota importante respecto al acto segundo: EDIPO, impetuoso, casi alucinado, en los actos primero y tercero, debe adoptar en este segundo, y procurando acusar al máximo este contraste, una psicología rígida, ausente, como si el drama le fuera ajeno.

Recitará sus frases como algo incomprendible, aprendido de memoria. En tanto, el resto de los personajes están viviendo angustias terribles, llegando al paroxismo cuando la certidumbre de los hechos es total. EDIPO, sin embargo, los brazos a lo largo del

cuerpo, como un sonámbulo, habla y habla ajeno a sus palabras, a todo cuanto le rodea, a las figuras que se agitan en torno suyo, ajeno incluso a sí mismo.

Sería un error cortar este EDIPO según el patrón clásico. Es otro. De ahí la absoluta necesidad de estas notas para una perfecta comprensión tanto para el lector como para el espectador.)

CORO.- Ay de Tebas, la ciudad sin ojos.

.- Edipo...

.- ¡Ay..., ay... ay...!

.- Los inmortales se divierten con el sufrimiento de los hombres.

.- Edipo... Edipo... Edipo...

.- Un dios nos ha mordido las pupilas. Y nos duelen sus dientes y el zumo estrujado de sus labios.

.- ¡Sálvanos, Edipo, vencedor de la Esfinge!

.- ¡Ay ocazo donde Tebas, la afamada, se consume!
Es todo entre sus murallas una pira de carne putrefacta.

.- ¡Ay..., ay... ay...!

.- Mil nubes de cuervos se ciernen sobre nuestras cabezas.

.- ¡Sálvanos, Edipo, vencedor de la Esfinge!

.- Edipo..., Edipo..., Edipo...

.- Toda la ciudad es un cementerio de lunas.

.- ¡Hay niños muertos colgados de las estrellas.

.- ¡Ay..., ay... ay...!

.- ¡Sálvanos, Edipo, vencedor de la Esfinge!

EDIPO.- ¿A qué venís a mí con esos ramos de suplicantes?
¿Qué nuevo dolor han arrojado los dioses sobre la infausta ciudad que nos cobija?

CORO.- Una extraña fiebre consume a nuestros hijos.

.- La peste...

.- Caen como estrellas cortadas del prado negro de la noche a golpes de luna.

.- La peste...

.- Se derrumban los hijos de Tebas a cientos al borde de las alcantarillas.

.- La peste...

.- Como ratas enfermas, en racimos, se agolpan nuestros niños para morir.

EDIPO.- Me decís un dolor que ya conozco, y ante el que tan impotente me hallo como vosotros.

CORO.- Tú eres Edipo.

.- El gran Edipo, vencedor de la Esfinge.

.- El saber de los dioses te fue concedido. No eres uno de tantos.

.- ¡Sálvanos, Edipo! Sabemos que puedes hacerlo. Que retrases tu gesto para que la grandeza de tu poder resplandezca más.

.- Mira, sin embargo, no vayas a esperar tanto, que luego no vengas a reinar sino sobre una ciudad muerta.

EDIPO.- Quería guardar para mí la pena de esta revelación. No penséis que Edipo estuvo cruzado de brazos ante esta insufrible agonía de los suyos. Envié a Delfos a mi cuñado Creonte, para que consultara al Oráculo.

CORO.- ¿Y qué contestó?

EDIPO.- Una terrible palabra. Dijo: Tebas cobija entre sus muros al asesino de Layo.

CORO.- ¡Oh, dioses! Ahora adquiere un sentido este dolor, al parecer gratuito.

.- Soportable y aún admisible es la pena que sigue a la culpa. Pero la muerte por la muerte destruye la esperanza y la fe en los dioses.

.- Aunque no otra cosa hicieras, de nuevo eres grande, Edipo, ante nuestros ojos, pues con esa palabra nos salvas de la desesperación. La más terrible desgracia es soportable si va acompañada de la lógica.

EDIPO.- Dejadme terminar. Aún no he dicho todo. Pues, el Oráculo, añadió: Tebas volverá a reír y sus hijos a florecer, cuando el culpable haya lavado, en sangre, su pecado de otro tiempo.

CORO.- Dinos pronto el nombre de ese monstruo, si es que

ya lo conoces.

EDIPO.- (Después de una pausa de gran tensión.)
Creonte, mi cuñado.

CORO.- ¡Oh...!

EDIPO.- ¿Qué otro pudo desear la muerte de Layo, sino el que así, dueño de Tebas y rey, hubiera sido proclamado? Por misteriosos designios de los dioses llegué yo vencedor de la Esfinge y sus sueños de gloria vio truncados. Pues, si a Layo se atrevió, que si bien el más grande no era sino un hombre, de Edipo tuvo miedo, vencedor de los misterios del más allá. Y así calló hasta que hoy los dioses, y de sus propios labios, la verdad oculta nos han revelado.

CORO.- Dinos cuál va a ser su castigo.

EDIPO.- No con palabras, sino con hechos, vais a saber hasta qué punto puede Edipo ser cruel cuando la cólera le hacer hervir la sangre que corre por las venas con zumbido de colmena. Después de mil suertes de tormento, su cadáver insepulto, quedará para que sea pasto de los negros buitres devoradores de cadáveres.

CORO.- ¡Oh...!

TYRESIAS.- Edipo...

EDIPO.- ¿Quién me llama?

CORO.- Es Tyresias, el adivino.

EDIPO.- Nada bueno me traerá éste siendo ambos del oficio. Él, viejo, y yo, joven. Él, vencido, y yo, triunfador.

TYRESIAS.- ¿A quién amenazas? ¿A Creonte o al asesino de Layo?

EDIPO.- ¿No son acaso uno mismo? ¿A qué vienes ahora con juegos de palabras?

TYRESIAS.- Entonces ¿mantienes tu sentencia?

EDIPO.- Quien fuera el culpable, el mismo tormento hubiera sufrido de mi mano.

TYRESIAS.- Tu palabra es palabra de rey y empeñada en juramento. Pero pudieras tardar cien años en cumplir el decreto si supieras sobre quién ha recaído.

EDIPO.- Antes de que la noche haga florecer en Tebas estrellas, antorchas y muertos, sabrán las manos de Edipo de

la sangre del culpable.

TYRESIAS.- Entonces reza a los dioses.

EDIPO.- Ya lo hice. Es mi primera labor de la mañana.

TYRESIAS.- En un día como hoy, si mil horas tuviera, no te bastarían para la oración.

EDIPO.- ¿Qué pretendes insinuar con esas palabras de misterio?

TYRESIAS.- Has dicho: antes de la noche se habrá vertido sangre del asesino de Layo.

EDIPO.- ¿Y bien?

TYRESIAS.- Quedan pocas horas para que las plazas de Tebas sepan de la sangre de Edipo.

CORO.- ¡Oh...!

EDIPO.- Ahora entiendo. Creonte sabe hacer bien las cosas. Entre ambos habéis planeado este complot. Dijiste bien. Los mármoles de Tebas van a tener venas rojas desde hoy, y a lo lejos parecerá una ciudad viva, porque no va a quedar rincón huérfano de tu sangre, que ni los perros se atreverán a lamer temerosos de mi cólera.

(Aparece YOCASTA en la puerta del palacio.)

YOCASTA.- ¿Qué ruido es éste que alborota toda la ciudad? ¿Debo creer a mis ojos? ¿Es Edipo, mi señor, quien blande su espada contra un viejo indefenso?

EDIPO.- Me ha acusado, públicamente, de la muerte de Layo.

YOCASTA.- Más bien loco que culpable es, señor, si tal cosa ha dicho. Es ya muy viejo: no puede hacerse responsable de sus palabras.

CORO.- No es él quien habla. Los dioses lo hacen por su boca.

YOCASTA.- Muerto fue Layo a manos de ladrones. Tantos eran, que una nube de polvo precedía sus sandalias. Edipo llegó solo. ¿Queréis mayor prueba de su inocencia?

TYRESIAS.- Pudo mentir el que sobrevivió.

YOCASTA.- ¿Por qué iba a hacerlo?

TYRESIAS.- Por vergüenza de haber sido vencidos tantos por uno solo.

EDIPO.- Calla, viejo inmundo.

CORO.- Es un adivino, y ha dicho: ¡Edipo es el culpable!

YOCASTA.- ¿Adivino? ¿Aún cree el pueblo de Tebas en las chanzas de los dioses? Adivinar es oficio de borrachos.

EDIPO.- Me ofendes. Por adivino me aclamó tu pueblo. Y por su rey cuando, vencedor de la Esfinge, me acerqué a tu trono y tálamo. Y nadie vio a Edipo danzar a saltos ni pronunciar frases incoherentes, propias de borracho.

YOCASTA.- Tu triunfo fue de la mente, pues eres el más sabio de los hombres. Pero no venciste a la Esfinge por revelación de dioses. No existen tales dioses. Y aunque existieran, nada podríamos saber de ellos. Los oráculos no son sino fraudes. Engaños públicos bajo la protección del Estado. De otro lado es un oficio. La pitonisa vende palabras de oscuro sentido y así vive. Como el mercader cambia la tela por el pan.

CORO.- ¡Oh, palabras funestas!

.- Un nuevo castigo se precipita sobre Tebas.

.- ¿Qué motivos tiene nuestra reina para de tal modo negar aquello sobre lo que toda nuestra vida reposa?

.- ¿Acaso ella misma no reina porque un dios así lo dispuso? ¿Qué es un hombre para mandar a otro si tal cosa por los dioses no hubiera sido prescrito?

YOCASTA.- Todo lo queréis saber. Pues, bien, conoced la ridícula historia: hace muchos años, el mismo día de mi boda con Layo, un Oráculo predijo: el hijo que os nacerá hará morir entre sus manos a su padre, y a su madre desposará. Y bien, Layo murió a manos de caminantes. Yo estoy casada con Edipo. ¿Dónde puede tener cumplimiento lo prescrito por los dioses?

TYRESIAS.- ¿Ningún hijo le nació de Layo?

YOCASTA.- No.

TYRESIAS.- ¿Fue, realmente infecundo, el real tálamo?

YOCASTA.- Sí.

TYRESIAS.- ¿Quién puede tal cosa asegurar?

YOCASTA.- Todo el pueblo lo supo entonces.

TYRESIAS.- Pudo llevarse en secreto.

YOCASTA.- Te dije: no. ¿A qué vienes a preguntarme tan reiteradamente?

TYRESIAS.- Un hombre asegura haber recibido de tus manos un niño recién nacido.

YOCASTA.- Miente.

EDIPO.- ¿Vive ese hombre?

TYRESIAS.- Sí.

EDIPO.- ¿Está en la ciudad?

TYRESIAS.- Sólo Creonte sabe su paradero. Es pastor.

YOCASTA.- No hagas, señor, caso de tan torpes palabras ¿No ves que en el fondo no se trata sino de una conjuración para perderte?

EDIPO.- ¿Y eso?

YOCASTA.- Si viviera ese niño ¿podrías reinar tú, siendo él el legítimo heredero?

EDIPO.- ¿Qué más sabes de ese pastor, Tyresias? Habla. ¡Pronto!

TYRESIAS.- Anda errante por los montes tirando piedras a la luna.

YOCASTA.- ¿Y de un loco vas a aceptar testimonio, Edipo?

EDIPO.- Calla, mujer, que más me asusta que sus palabras ese repentino interés tuyo de echar tierra sobre el asunto. Sal, ¡oh pueblo!, en busca de Creonte. Es preciso saber la verdad. No estuvo jamás en mi ánimo hacer caer la espada de la justicia sobre una cabeza inocente. Si mi cuñado no es culpable, está a salvo. Mas ¡ay de aquél que lo fuera! Juro de nuevo que a golpe de espada ha de caer aunque de alguno de mis hijos y aun de mí mismo se tratara.

(Sale el CORO.)

EDIPO.- Quédate tú, ¡Oh, Tyresias!, y dime cómo has sabido estas cosas.

TYRESIAS.- Los dioses me hablaron en sueños esta noche.

YOCASTA.- ¿Va a hacer caso, Edipo, de los sueños de un viejo borracho?

EDIPO.- ¡Cállate! En sueños encontré yo la solución al enigma de la Esfinge. Te permito renegar de los dioses. Nunca vi uno. Pero no de los sueños. Pues, tantos he tenido y tan atrozmente verdaderos me han resultado siempre, que más dudaría de mi propia existencia, que de la realidad de sus ocultos mensajes. Di, Tyresias, ¿qué más sabes de ese hombre?

TYRESIAS.- Fue también testigo de la muerte de Layo.

EDIPO.- ¿El único superviviente del que tanto se habló?

TYRESIAS.- Sí.

EDIPO.- Me extraña no haberle conocido.

TYRESIAS.- Alguien lo apartó de tu camino. Alguien con algún temor oculto.

YOCASTA.- (**Aparte.**) ¡Oh, desdichado ciego, de cuya sombra va a salir una luz tan espantable que no dejará piedra sobre piedra de la ciudad de Tebas!

EDIPO.- ¿Qué murmuras, mujer? ¿Acaso rezas ahora a los que antes escupiste?

YOCASTA.- No habrá agua bastante en los océanos todos de la tierra para escupir a los dioses si la atroz broma divina que presiento resulta verdadera.

EDIPO.- Hablas de los dioses como si fueran niños.

YOCASTA.- Y aún más crueles que los niños que aplastan con el pie desnudo el hormiguero sin preocuparse más que de su diversión.

TYRESIAS.- No quiero oír más. No me mandes, ¡oh, rey!, permanecer aquí, pues no podría obederte. Ningún poder mortal resulta bastante poderoso para detener al que huye del lugar que sabe han elegido los dioses para dar testimonio de su omnipotencia.

(Sale TYRESIAS.)

EDIPO.- El vencedor de la Esfinge ha encontrado otro enigma a su medida.

YOCASTA.- Veo que abordas esta cuestión como si de un juego se tratara. Es mejor. Las posturas intermedias son siempre las más razonables.

EDIPO.- Quizá. Pero en el fondo una duda me atormenta: ¿Es cierto que fueron muchos, y no uno, quienes a Layo mataron?

YOCASTA.- Así se dijo. Mas, ¿qué puede importarte eso?

EDIPO.- ¿Y dónde fue?

YOCASTA.- Comprendo. Temor infundado. ¿Acaso un águila te trajo sobre sus alas desde el lejano país donde eras príncipe para en aquel cruce de caminos...?

EDIPO.- ¿Fue en un cruce de caminos?

YOCASTA.- Sí. Entre Delfos y Daulis.

EDIPO.- ¡Basta! Estás diciendo las palabras precisas para que una horrenda sospecha comience a tomar cuerpo en mí amenazando destruirme.

YOCASTA.- ¿Qué temes, Edipo?

EDIPO.- Mis hijos... Quiero verlos...

YOCASTA.- Duermen aún: la fiesta de ayer les cansó mucho.

EDIPO.- ¿Cómo era Layo?

YOCASTA.- Alto y delgado. Majestuoso como un dios.

EDIPO.- ¿Tenía los ojos grises?...

YOCASTA.- Sí. ¿Acaso lo conociste?

EDIPO.- ... ¿Y una gran cicatriz le surcaba el cuello en derredor, como si alguien le hubiera ahorcado y vuelto a vida después de muerto?...

YOCASTA.- Son sus señas precisas. Más ¿cómo puedes saberlo? Siempre ocultó ese defecto. Sólo yo lo sabía. Mandó matar, siendo rey joven, a los ayes y amas que

tuviera de niño, para que no pudieran contar su defecto. Parecía como si alguien le hubiera marcado como esclavo.

EDIPO.- ¡Ay! No era marca de mortales, sino de divinos esa.

YOCASTA.- Edipo...

EDIPO.- Era él. Ya no puede haber duda.

YOCASTA.- ¿De qué estás hablando?

EDIPO.- El hombre que maté...

YOCASTA.- ¿Un hombre?

EDIPO.- En un cruce de caminos. Las señas coinciden con las de Layo.

YOCASTA.- Mas, ¿cómo pudo ser? ¿Un hombre sólo contra tantos?

EDIPO.- Conoces el poder del brazo de Edipo para el amor. Mil veces más terrible lo es para la guerra.

YOCASTA.- ¡Oh, dioses!... Y, ¿cómo pudiste entrar en sospechas después de tantos años?

EDIPO.- Del olvido absoluto una mano terrible ha sacado de pronto el suceso asociándolo a tus palabras incomprensiblemente.

YOCASTA.- ¡Ay...! La espantosa duda se hace ya verdad increíble. Todo lo atroz del cielo y de la tierra se ha reunido hoy en este rincón vestido de mármol. Tebas era ya un mausoleo sin saberlo para albergar al gran muerto esperado. ¿Qué piensas hacer ahora?

EDIPO.- Cumplir lo que juré por los dioses. Todos esos castigos infames que decreté contra el asesino.

YOCASTA.- ¿Quién puede obligarte a ello?

EDIPO.- Está mi palabra. Es palabra de rey.

YOCASTA.- El pueblo no lo sabrá nunca.

EDIPO.- ¿Y los dioses? ¿Olvidas que juré por ellos que tal cosa haría?

YOCASTA.- ¡Los dioses...! Oh, infantil Edipo... Pueden los hombres con las manos obligarte a lo prometido, si supieran. Pero los dioses, aunque sepan, ¿a qué pueden

obligarte?

EDIPO.- Los dioses no tienen espadas con que atormentar el cuerpo. Pero sus ojos ahuyentan cuando miran, ferozmente, la paz del alma para siempre.

YOCASTA.- Pero vivirás: es lo que importa.

EDIPO.- ¿Qué vida pides para mí? ¿La del perro rabioso, golpeándome la cabeza contra las losas de todas las plazas de Tebas? ¿Qué dirá mi pueblo cuando vea a su rey anegado en un llanto perpetuo?

YOCASTA.- Ahora veo qué bien supiste fingirme amor durante tantos años.

EDIPO.- Nada quiero más que a ti, Yocasta.

YOCASTA.- ¿Tanto dices y no te importa perderme?

EDIPO.- ¿Perderte?

YOCASTA.- Para siempre.

EDIPO.- No. Eso no. Todos los tormentos del cielo y de la tierra...

YOCASTA.- ... Edipo...

EDIPO.- ... pero perderte, no...

YOCASTA.- ... Edipo...

EDIPO.- ... ¿Qué noche me sería soportable sin el olor de tus cabellos junto a mis sienes?...

YOCASTA.- ... Edipo... Mi pobre niño loco...

EDIPO.- ... ¿Qué día podría sobrevivir sin haber oído, aun tan sólo una vez, el hechizo de tu voz?...

YOCASTA.- ¿Callarás entonces?

EDIPO.- Callaré: el amor impedirá lo que jamás el miedo hubiera torcido un ápice del camino señalado.

(Pausa larga.)

YOCASTA.- Escucha...

EDIPO.- ¿Qué?

YOCASTA.- ¿No oyes...?

EDIPO.- No.

YOCASTA.- La brisa de la noche entre los dedos de las flores. Tebas sonrío. La peste pasará. Y un mundo de cachorros nuevos vendrá a ocupar el vacío dejado por los muertos. ¿Qué sucede?

EDIPO.- Hay palabras que, ligadas a recuerdos terribles, tienen el poder de estremecernos.

YOCASTA.- ¿Qué es ello?

EDIPO.- Es mejor no hablar de cosas desagradables. Ya hubo entre nosotros demasiadas palabras angustiosas esta noche.

YOCASTA.- No pararé hasta conocer tu último secreto. El amor no es más auténtico en la hora del placer que en la del dolor compartido.

EDIPO.- Dijiste: cachorros... Y tu voz tuvo, de pronto, una rara inflexión que me hizo recordar otra voz enigmática y terrible pronunciando la misma palabra.

YOCASTA.- Habla. Cuéntame.

EDIPO.- Quizá no deba hacerlo.

YOCASTA.- ¿Y eso?

EDIPO.- Por no traer más duelo a tu corazón.

YOCASTA.- Tu dolor es mi dolor, tu alegría, mi alegría; tu miedo, mi miedo.

EDIPO.- Está bien. Has de saber que, siendo yo muchacho, deseoso de saber cuántos gestos gloriosos me estaban destinados cuando a la muerte de mi padre Pólipo, rey de Corinto, subiera yo al trono, fui a consultar a una pitonisa.

(Se aparta.)

YOCASTA.- Debes decírmelo todo.

EDIPO.- No. Es más terrible de lo que puedes suponer.

YOCASTA.- Imposible volverte atrás.

EDIPO.- No puedo. Ninguna invención humana fue jamás tan espantosa.

YOCASTA.- Si no hablas pronto no sé qué gesto espantable haré o qué monstruosa palabra habré de gritar. Pues mi sospecha será siempre más atroz que tu verdad.

EDIPO.- Pues lo has querido, oye. Dijo: «Matarás a tu padre y ocuparás el lecho de tu madre...»

YOCASTA.- (**Aparte.**) ¡Ojalá no hubiera escuchado jamás esas palabras! Absurdo dolor del hombre deseoso siempre de saber para su daño. Mía es la culpa.

EDIPO.- ... Yo, aterrado, huí de los míos. Vagué años y años por tierras extrañas. Hombre sin patria. De ciudad en ciudad, sin más propósito que huir de aquella palabra maldita. Hasta que un día topé con la Esfinge. La vencí. Y supe del trono de Tebas y del amor de Yocasta, su reina.

YOCASTA.- (**Con un gran esfuerzo.**) El dolor de tantos años se vuelve hoy alegría.

EDIPO.- No te comprendo.

YOCASTA.- ¿Qué puedes temer de dioses ni de hombres? ¿Acaso hay hombre que resista la fuerza de tu brazo? ¿Y no venciste, también, a los dioses, burlándote del destino que fijaron a tu cuna? ¡Vive pues! ¡Despreocúpate de hombres y de dioses...!

EDIPO.- Alguien se acerca.

YOCASTA.- Serán los que traen a Creonte. Atúrdeles con palabras de doble sentido. Y si ha de haber un culpable para que el pueblo se sienta justificado, y el olor de la sangre caliente les deje satisfechos, caiga mi hermano Creonte o cualquiera de mis hijos. O bien el pueblo entero. Todo antes de que uno sólo de tus cabellos se desordene.

(**Entra EL MENSAJERO de Corinto.**)

EDIPO.- ¿A quién buscas?

EL MENSAJERO.- A ti ¡Oh, Edipo!

EDIPO.- ¿Me conoces?

EL MENSAJERO.- La oveja conoce a su pastor. El

esclavo a su dueño.

EDIPO.- ¿Y bien?

EL MENSAJERO.- Yo conozco a mi rey.

EDIPO.- ¿Cómo siendo extranjero me llamas rey tuyo?

EL MENSAJERO.- Hasta ayer tu padre Pólipo lo fue. Hoy, tú lo eres.

EDIPO.- ¿Quieres decir que murió...?

EL MENSAJERO.- Sí.

EDIPO.- ¡Ay...! ¿Y a manos de quién tan aciago suceso ocurrió? ¿Quién su espada se atrevió a poner sobre los blancos cabellos del rey, mi padre?

EL MENSAJERO.- De tristeza sólo por tu ausencia fue, Edipo.

EDIPO.- Entonces, ¿soy yo el único culpable?

EL MENSAJERO.- En parte tu huida. En parte lo avanzado de su edad.

EDIPO.- ¡Ay..., ay..., ay...!

YOCASTA.- ¿Qué te ocurre, Edipo?

EDIPO.- La primera parte de lo prescrito por el Oráculo parece ser que ha tenido cumplimiento.

EL MENSAJERO.- ¿Partes ahora mismo, señor, o bien mañana?

EDIPO.- ¿Partir? En mi casa estoy. Y en medio de mi pueblo. ¿Adónde iba a partir?

EL MENSAJERO.- Otro trono, señor, y otro pueblo te esperan.

EDIPO.- Tienes razón. Iré.

YOCASTA.- ¿Es que vas a abandonarme?

EDIPO.- Tan sólo por unos días.

YOCASTA.- Las mujeres de esa tierra tienen fama de hermosas. Quizá alguna logre seducirte con sus encantos.

EDIPO.- ¿Di alguna vez pábulo a tus celos?

YOCASTA.- Yo fui joven y hermosa. Con los años perdí la belleza. Pero mi deseo de Edipo es aún tan ardiente como la noche de nuestros esponsales.

EDIPO.- Jamás había oído esas palabras de tus labios.

YOCASTA.- Ser reina obliga, entre otras cosas, a sentir sin hablar. Y tanto mayor debe ser el silencio cuanto más grande la pasión.

EDIPO.- Iré de todas formas. Llama a los criados y di que preparen mi carroza de guerra. Ardo en deseos de abrazar a mi madre.

YOCASTA.- Pero ¿es que no te das cuenta? Aún queda por cumplir...

EDIPO.- ¿Qué?

YOCASTA.- Una parte del oráculo.

EDIPO.- ¿Qué parte?

YOCASTA.- La más terrible: Yacerás en el mismo lecho de tu madre.

EDIPO.- ¡No!

YOCASTA.- Desafiar a unos dioses en los que se cree, es un gesto innecesariamente arriesgado. Si vas, es tanto como decir: ¡Mirad cómo he subido al trono de mi padre sin culpa...! ¡Mirad cómo reclino mi cabeza sobre el hombro de mi madre sin deseo!

EDIPO.- Puedes volverte, Mensajero. Has escuchado lo bastante como para encontrar razones por ti mismo a esta decisión. Cuando la reina, mi madre, haya muerto, regresaré.

EL MENSAJERO.- Se dijo ha muchos años, que un oráculo fue la causa de tu huida. Si lo fue, y su funesto cumplimiento aún temes, en vano es.

EDIPO.- ¿Cómo puedes hablar con tanta seguridad en contra de lo predicho?

EL MENSAJERO.- Te dijo: matarás a tu padre y desposarás a tu madre.

EDIPO.- ¿Y no es ello motivo bastante como para no atreverme a regresar?

EL MENSAJERO.- Lo sería si el viejo Pólipo, tu padre, lo hubiera sido realmente.

EDIPO.- ¿Acaso no es verdad lo que siempre tuve por tal?

EL MENSAJERO.- La reina era estéril. Yo mismo te recogí de manos de un pastor: era preciso asegurar la sucesión. Pólipo amaba a su pueblo. No quería que a su muerte se destruyese en luchas fratricidas. En todas partes crece la yedra de la ambición.

EDIPO.- Entonces ¿de quién es hijo Edipo, el desdichado?

YOCASTA.- De los dioses, quizá.

EDIPO.- No paren los dioses cachorros humanos. Los dioses, dioses engendran. Hombres, los hombres. Perros, los perros.

YOCASTA.- Edipo...

EDIPO.- ¡Oh dioses! ¿En qué noche de estío fui engendrado? ¿En qué ignorado rincón? ¿Por quiénes de la fiebre del amor poseídos?

YOCASTA.- (**Aparte.**) ¡Ay, que el cerco fatal se anilla más y más en torno de mi cuello!

EDIPO.- Dime, Yocasta...

YOCASTA.- No preguntes, Edipo. Una palabra te trajo la duda. No quieras que otra te sea portadora de la muerte.

EDIPO.- ¿Qué me ocultas? ¿Por qué me huyes? ¿Acaso me desprecias por mi ignorado nacimiento?

YOCASTA.- No. Es algo peor. Algo para cuya definición no se han inventado aún palabras humanas.

EDIPO.- ¡Explícate...!

(**EDIPO es interrumpido por la entrada del CORO. A su frente viene CREONTE con la espada desnuda.**)

CORO.- ¡Justicia!...¡Justicia!

- ¡Muera Edipo, infausto rey de Tebas!

- ¡Sea pasto de los buitres el parricida!

- Muerte al asesino de Layo.

- ¿Y la reina?... Ella nada supo. Es inocente.

- ¡Que muera en el destierro!

- ¡Justicia!... ¡Justicia!

EDIPO.- ¿Qué son esos gritos? Acércate, Creonte. Y explícame en nombre de todos qué significa este amotinamiento.

CREONTE.- No eres ya, Edipo, quien puede dar órdenes. Sino el que ha de recibirlas.

EDIPO.- ¿Y eso?

CREONTE.- El pueblo elige sus reyes. Él te subió un día a su dorado trono. Ahora te arroja como una rata muerta. Tu aliento podrido ha traído la desgracia sobre Tebas.

EDIPO.- ¿De qué me estás hablando?

CREONTE.- Lo sabemos todo. Tú eres la causa de nuestra muerte: de la muerte de nuestros hijos. Por ti entró la peste en nuestros muros.

EDIPO.- Te pido una explicación y sólo tienes palabras para acusarme. Escupes a mi rostro por ver si mi temor te salva. ¿Acaso os dejasteis llevar de la sola palabra de un loco ciego? ¿Hay pruebas de todo cuanto has dicho?

CORO.- Las hay...

- Las hay más seguras de lo que quisiéramos.

- Pruebas irrefutables.

EDIPO.- ¿Qué pruebas podéis tener contra mí sino el testimonio de ése? Vendido se ha al oro de Creonte que no otra cosa pretende sino el trono para sí y pasa sus hijos. ¿Pude yo matar a Layo a quien no conocía? ¿Y por qué? ¿Por codicia? Nunca tuve, lo sabéis, más que lo necesario. Y aún menos. ¿Por hambre de poder? De todos es conocido cómo renuncié al trono de mi padre. Y aún, ahora mismo, acabo de rechazarlo cuando en labios de un mensajero las noticias de su muerte y de mi subida al poder acaba de comunicarme.

CREONTE.- No se te acusa de eso. Sino de algo más terrible. Sabemos que no es tuya la culpa. Pero hay un pecado monstruoso que exige un castigo ejemplar. Los dioses dispusieron así las cosas. Jamás oídos humanos escucharon una historia cual la tuya, ¡oh Edipo!, tan entretejida de horrores.

EDIPO.- No desgastes, Creonte, una piedad que has de

necesitar para ti mismo.

CORO.- Forbas...

.- Que hable Forbas el pastor...

(Sale FORBAS de entre la multitud. Cae de rodillas ante EDIPO.)

EDIPO.- ¿Quién es éste?

CREONTE.- Forbas el pastor.

EDIPO.- ¿Qué tienes tú que decir? Jamás vi tu rostro antes de ahora.

FORBAS.- ¡Yo el tuyo, sí! Y también tú me viste antes.

EDIPO.- Mucho has debido cambiar para que no pueda reconocerte.

FORBAS.- El terror de un solo instante hizo encanecer mis cabellos.

EDIPO.- No un ser humano sería quien de tal modo pudo sobrecogerte.

FORBAS.- En verdad que no un hombre sino un demonio parecías, ¡oh rey!, con tus gritos terribles y aquella espada hirviente de soles sangrantes.

EDIPO.- ¿Tú me has visto luchar?

FORBAS.- Sí. Un día infausto cuya aurora hubiera querido no conocer. El mismo en que mataste a Layo, mi señor.

EDIPO.- ¿Tú eres entonces el superviviente del que se habló?

FORBAS.- Sí.

EDIPO.- ¿Por qué no hablaste entonces?

FORBAS.- Herido, días y noches vagué por las montañas. Cuando pude llegar a Tebas eras ya rey.

EDIPO.- ¿Y...?

FORBAS.- El horror de aquella situación me hizo huir a los montes que me vieron nacer y de los que nunca debí haber salido. Y nunca hubiera regresado al valle si Creonte

no hubiera enviado a buscarme por consejo de Tyresias. Comprendí que era la voluntad de los dioses.

YOCASTA.- Enmudece ya, Forbas.

EDIPO.- Yocasta, ¿conocías a este hombre antes de hoy?

YOCASTA.- Sirvió en palacio. Hace ya muchos años. Le envié a cumplir una delicada misión. Y no volvió. Nunca supe que después hubiera vuelto a estar al servicio de Layo.

EDIPO.- ¿Por qué temías a tu reina?

FORBAS.- Por algo de lo que juré no hablar mientras viviera. Aunque me fueran aplicados todos los tormentos.

YOCASTA.- Espero que, al menos, cumplirías lo mandado. **(Se hace una pausa de gran tensión.)**

FORBAS.- **(Tembloroso.)** No...

YOCASTA.- ¡Ay...! ¿Qué hiciste entonces de aquel niño?

FORBAS.- A otro pastor lo entregué que a lejanas tierras partió. No tuve valor para matarlo según las órdenes.

YOCASTA.- ¡Oh dioses...! ¡Oh día memorable en la historia del universo...!

EDIPO.- ¿Qué significa esto? ¿A qué viene ahora hablar de un niño que murió o no murió hace cuarenta años? ¿Queréis aturdirme con consejos y misterios?

YOCASTA.- Habla de un hijo mío.

EDIPO.- ¿Un hijo tuyo?

YOCASTA.- Sí. Te mentí. No fue estéril el lecho de Layo. Me dio un hijo varón engendrado en una noche de embriaguez. Tú sabes que existía un oráculo terrible sobre su destino. Envié a Forbas a un monte con el niño con orden de matarle.

EDIPO.- ¿Y no lo hiciste?

FORBAS.- No tuve valor.

EDIPO.- ¿Qué conjuro intentáis provocar que me destruya? ¡Pues siento que todo esto de lo que nada entiendo me concierne más que a nadie...!

YOCASTA.- **(Con gran esfuerzo.)** ¿Cómo puedes pensar eso, mi señor? Desecha esos temores pueriles.

EDIPO.- Una extraña fuerza interior me empuja a creerlo así.

TYRESIAS.- ¡Ay, que todo va esclareciéndose!

EDIPO.- ¿Qué murmuras viejo? ¿Acaso las palabras del hechizo? Mal has pagado, ¡oh Tebas!, a Edipo que te salvó de La Esfinge y veló tu sueño durante veinte años. Pero no he de perder lo que por derecho me corresponde. Haced salir al mensajero. Volveré a mi tierra. Y muy pronto me veréis al pie de vuestros muros al frente de un ejército más numeroso que los peces de la mar y más denso que la gran nube de la noche.

(**Entra EL MENSAJERO.**)

EL MENSAJERO.- ¿Me llamabas, señor?

EDIPO.- Sí. Vamos. Dispuesto estoy para la partida.

(**Al bajar las escaleras, el mensajero tropieza con FORBAS. Sus miradas se cruzan reconociéndose.**)

FORBAS.- ¿Tú aquí?

EL MENSAJERO.- Hubiera dudado de mis ojos creyéndote una visión si no me hubieras hablado.

EDIPO.- ¿Conoces a este hombre?

EL MENSAJERO.- Es él.

EDIPO.- ¿Él...?

EL MENSAJERO.- Sí.

EDIPO.- Él..., él son todos los hombres de la tierra.

EL MENSAJERO.- El pastor de que te hablé. Aquel que me hizo entrega de un niño que fue príncipe en Corinto. Tú sabes ya la historia.

EDIPO.- ¿Es eso cierto?

FORBAS.- Sí.

EDIPO.- Entonces...

(EDIPO comprende de pronto. Mira ya a unos, ya a otros, como idiotizado.)

EDIPO.- ¡Oh...!

(De pronto se desploma rodando por la gran escalinata. El CORO retrocede asustado. Gran carcajada de LOS DIOSES.)

YOCASTA.- ¡Qué escucho? ¿No son las risas de los dioses? ¡Reíd!... ¡Reíd infames tejedores de los destinos humanos! ¿Quién podrá ya vivir sabiendo que existís? ¡Que somos la obra de vuestros juegos! ¡La diversión de vuestros ratos aburridos..! ¡Oh miserable vida! ¡Oh absurda leyenda narrada por un idiota! ¡Oh breve llama aguda e hiriente que no da luz sino tinieblas! Creí vivir en un mundo de hombres para los hombres, y ha resultado ser que la tierra no es más que una cárcel de piedras y lodo. Una ciénaga inmundada habitáculo de unas ratas incomprensibles e incomprensidas destinadas a saber y a morir. Muera Yocasta de vergüenza por los hechos sucedidos. Pero más aún como protesta al absurdo en que está cimentada la vida de los hombres.

(YOCASTA entra en palacio, alucinada. EDIPO despierta de su sopor. Se levanta y mira en torno suyo.)

YOCASTA.- (Dentro.) ¡Ay...!

EDIPO.- ¿Quién solloza? ¿Son de garganta humana esos gritos insufribles?

YOCASTA.- (Dentro.) ¡Ay...!

EDIPO.- (Después de un instante de duda reconoce la voz de YOCASTA.) ¡Yocasta...! (Sube atropelladamente las escaleras.) ¡Yocasta...! (Entra corriendo en palacio como enloquecido.) ¡Yocasta...! (Detrás suyo ha entrado también CREONTE.)

CORO.- ¡Ay..., ay..., ay...!

.- ¿Qué sucederá ahora?

.- ¡Qué nuevo dolor nos brotará de la tierra?

.- ¿Es que puede florecer bajo esta estrellada noche algo que no sea risa?

.- ¡Oh vida más terrible que la muerte!

.- He aquí estos que sufren sin culpa dolores terribles.

.- ¡Oh angustiada espera de la nada liberadora!

.- ¿Será cierto que estamos ya muertos definitivamente? ¿Que es todo inútil porque todo conduce a la noche? ¿Que nada tiene sentido? ¿Que hace millones de años fue dicha la última palabra?

.- ¡Ay..., ay..., ay...!

.- Los dioses nos han crucificado a una vida prefijada después de colgarnos al cuello el mentiroso letrado que nos proclama libres.

.- Nada se oye ya.

.- Temo más este silencio que los gritos más insufribles.

.- ¡Oh día aciago...!

.- ¡Ay..., ay..., ay...!

.- Más nos valiera que nunca su aurora hubiéramos conocido.

.- Ahí viene Creonte.

.- ¿De qué nueva angustia nos será portador?

(Aparece CREONTE en la puerta de Palacio.)

CREONTE- Raza de los Cazmeos, ¿qué podré ya decir más doloroso de lo que ante vosotros ha sucedido? Conjuré Edipo al asesino de Layo. Y a sí mismo conjuraba sin saberlo. Se rió Yocasta de los dioses pensando haber frustrado sus designios. Y he aquí que hijo y marido halló en Edipo. Fue éste parricida como anunciado fuera. E hijos tuvo de su propia madre. Oísteis sus gritos. Muda está ahora Yocasta para siempre colgada de una viga. No puede verla Edipo sin embargo. Pues son sus ojos dos bolsas sangrantes sobre las blancas sábanas del lecho. Aquí llega. Yo os pido para él un poco de compasión. De nada es culpable. Sólo un muñeco en manos de la fatalidad.

EDIPO.- **(Dentro.)** ¡Ay...!

CORO.- Edipo..., Edipo..., Edipo.

EDIPO.- (Saliendo.) ¡Ay...!

CORO.- Edipo..., Edipo..., Edipo.

EDIPO.- (Ya fuera.) ¡Ay...!

CORO.- ¡Edipo ciego...!

EDIPO.- No me llaméis ciego. Ciego ayer que no veía todo el horror que en mí habitaba. ¿Estáis aquí junto a mí los que amé tanto?

CORO.- ¡Edipo...!

.- Mi señor...

.- Rey de los tebanos.

.- ¡Edipo...!

EDIPO.- Callad. No sois vosotros. No son vuestras voces conocidas. Es el terror quien pone palabras en vuestros labios. Creonte... ¿Estás aquí, Creonte?

CREONTE.- Sí.

EDIPO.- No sé si atreverme a pedirte lo que quiero.

CREONTE.- Te he perdonado ya. Si está en mi mano cuenta con ello...

EDIPO.- ... Mis hijos...

CREONTE.- Antígona e Ismene han pedido acompañarte.

EDIPO.- ¿Y Polinice? ¿Y Eteocles?...

CREONTE.- Un reino necesita sucesores. Yo gobernaré entretanto lleguen a la mayoría de edad.

EDIPO.- ¿Y ellas...?

CREONTE.- Están prestas. ¿Las hago venir?

EDIPO.- No. Que me esperen en las puertas de la ciudad. Llévalas por el pasadizo. Que no pisen más estas losas malditas.

CREONTE.- ¿Y tú?

EDIPO.- Yo quiero recorrer por vez última las cien plazas y las mil callejas de la infausta Tebas. Las iré regando con

mi sangre. De cada gota brotará del mármol una flor negra. Y así por todos los caminos de la vida. «¿Quién eres?», me dirán. «¡Soy Edipo!». Y ellos: «¿Y quién es Edipo?». Y yo: «¿Edipo? El vendedor». Y ellos: «Nunca oímos hablar de uno con tal nombre. ¿Cuál es tu mercancía, ciego vendedor errante?». Y yo: «Vendo... vendo lunas negras... soles muertos... y estrellas..., estrellas..., estrellas sin luz...».

(EDIPO sale por el fondo de la plaza. Camina con gran lentitud. El CORO, en diversas posturas de abatimiento solloza tenuemente. Cae el telón.)

Acto III

La misma noche del acto primero. Casi de madrugada.

El escenario, desposeído ya de todos los aditamentos del acto segundo, está tan sólo iluminado con una gran antorcha funeraria al pie de las gradas del templo. La luna está aún reflejada en el gong hasta el momento en que se indica debe desaparecer. La voz de LOS DIOSES puede estar recogida en cinta magnetofónica, y grabada en una cámara de eco para hacer resaltar su carácter sobrehumano, lejanísimo. Si se quiere -éste, como otros múltiples detalles, quedan a elección del director- pueden verse sus figuras alargadas, irreales, como gigantescas sombras chinescas, a través del fondo infinito del ciclorama.

Murmullo de voces. Gran carcajada. LOS DIOSES se divierten. LOS DIOSES juegan al escondite con los destinos humanos. La entonación de sus voces es de simple conversación. La trivialidad de sus comentarios es un trágico contrapunto al drama que ante ellos se está realizando.

DIOS PRIMERO.- Edipo...

DIOS SEGUNDO.- Edipo...

DIOS TERCERO.- Vedle cómo se retuerce entre las sábanas preso de su sueño.

DIOS CUARTO.- Edipo...

DIOS PRIMERO.- Una historia divertida.

DIOS SEGUNDO.- Horrendos fantasmas entretejen su propia vida cada noche.

DIOS TERCERO.- La visión de sí mismo le resulta insoportable.

(Carcajada general.)

DIOS CUARTO.- Un espectáculo único.

DIOS PRIMERO.- ¿Quién ha organizado este nuevo entretenimiento?

DIOS SEGUNDO.- Zeus.

DIOS PRIMERO.- Será preciso felicitarle al regreso. El pobre viejo tiene a veces ideas geniales.

EDIPO.- **(En el interior.)** ¡Ay...!

DIOS A PRIMERA.- ¿Qué será la muerte que tanto los aterra? Siempre ocurre igual. A la hora de morir esos aullidos insufribles.

DIOS PRIMERO.- Pues... a mí me divierten.

EDIPO.- ¡Ay...!

(Carcajada general.)

DIOSA SEGUNDA.- ¿Es que no podéis dejar de reiros? No oigo nada.

DIOS TERCERO.- ¿Dice algo?

DIOS PRIMERO.- Escuchemos.

EDIPO.- **(Dentro.)** ¡Oh dioses, escuchad mis oraciones!
¡Perdonadme! ¡Piedad para mis hijos!

DIOS SEGUNDO.- ¿Oís? Nos invoca.

(Gran carcajada.)

DIOS CUARTO.- ¡Nos pide perdón...!

(Gran carcajada.)

DIOS TERCERO.- (Imitando, ridículo.) Piedad para mis hijos...

(Gran carcajada.)

DIOS SEGUNDO.- Invoca clemencia, también, para su pueblo.

(Gran carcajada.)

DIOSA PRIMERA.- ¡Basta ya!

DIOS PRIMERO.- No.

DIOSA PRIMERA.- ¡Sed compasivos, al menos, por una vez!

DIOS CUARTO.- ¡No...!

DIOSA PRIMERA.- ¿Es culpable?

DIOS TERCERO.- ¡No!

DIOSA PRIMERA.- ¿Es inocente?

DIOS TERCERO.- No.

DIOSA PRIMERA.- ¿Qué es entonces?

DIOS SEGUNDO.- Un hombre. Simplemente. Ha de morir por el solo hecho de serlo. ¿Qué importa la forma y el porqué?

DIOSA PRIMERA.- Démosle una forma digna. Y un porqué menos horrendo.

DIOS CUARTO.- No.

DIOSA PRIMERA.- Como a los niños divierte sacar los ojos a los pájaros, así, vosotros, os vestís de gala para asistir a las desgracias que serán famosas.

DIOS SEGUNDO.- Es un favor que le hacemos.

DIOS TERCERO.- Será inmortal.

DIOSA PRIMERA.- ¡Una inmortalidad indigna...!

DIOS PRIMERO.- ¿Acaso la nuestra lo es menos?

DIOSA SEGUNDA.- ¡No gritéis tanto!

DIOS CUARTO.- ¿Eh...?

DIOSA SEGUNDA.- ¡Que no deis esas voces! ¡Va a despertarse...!

(Risas ahogadas.)

DIOSA SEGUNDA.- Ya está...

DIOS TERCERO.- ¿Qué sucede?

DIOSA SEGUNDA.- Ha salido del sueño. Os lo dije. Tanto chillar...

DIOS CUARTO.- **(Bostezando.)** ¿Nos vamos...?

DIOS PRIMERO.- ¿Adónde?

DIOS CUARTO.- A ver otra cosa divertida.

DIOS SEGUNDO.- Pero, si aún no hemos terminado con éste...

DIOSA PRIMERA.- **(Susurrante.)** Edipo...

DIOS CUARTO.- Me aburre. Siempre los mismos gritos.

DIOSA PRIMERA.- Edipo...

DIOS CUARTO.- Siempre las mismas palabras.

DIOSA PRIMERA.- Edipo...

DIOS CUARTO.- Siempre los mismos gestos...

DIOS TERCERO.- Eres inmortal. Gajes del oficio.

DIOSA PRIMERA.- Edipo...

DIOS SEGUNDO.- Ha saltado de la cama.

DIOS CUARTO.- Inmortal... Cambiaría mi inmortalidad por un poco de ternura.

DIOSA PRIMERA.- Edipo...

DIOS PRIMERO.- ¿Ternura?... ¿Qué es ternura?...

DIOS CUARTO.- Eso que hace llorar a los hombres.

DIOSA PRIMERA.- Edipo...

DIOS SEGUNDO.- Los hombres lloran cuando temen o cuando sufren. Es simple.

DIOS CUARTO.- También cuando aman.

DIOSA PRIMERA.- Edipo...

DIOS TERCERO.- ¿Amar?... ¿Qué es amar?

DIOS CUARTO.- No sé. ¡Pero debe ser algo hermoso cuando, a veces, consigue de tal modo transfigurarlos...!

DIOSA PRIMERA.- Edipo...

DIOS TERCERO.- El palacio duerme. Tebas duerme. Mientras, Edipo danza, alocadamente, en torno a las columnas.

DIOSA PRIMERA.- Edipo...

DIOS CUARTO.- Ya sale.

(EDIPO entra en escena. Parece preso de una alucinación. Corre por el escenario entre las gigantescas columnas de palacio. Agita los brazos. Grita guturalmente. Solloza. Todo su cuerpo se estremece convulsivamente.)

DIOS PRIMERO.- ¿Qué vendrá a hacer a la plaza solitaria?

DIOS SEGUNDO.- Mirar la luna.

DIOS TERCERO.- ¿La luna?

DIOS SEGUNDO.- Sí.

DIOS TERCERO.- ¿Y eso?

DIOS SEGUNDO.- Le gustará. Ya sabes ¡Los hombres cuando no tienen otra cosa que hacer miran la luna y cuentan las estrellas...!

DIOS CUARTO.- Esos son los poetas.

DIOS PRIMERO.- También los locos.

DIOS SEGUNDO.- Es lo mismo.

DIOS PRIMERO.- (Burlón.) La luna...

DIOS TERCERO.- Trae una nube para taparla.

DIOS CUARTO.- ¡Eh! Nos vamos a quedar a oscuras.

DIOS TERCERO.- No importa.

(La luna desaparece.)

DIOS PRIMERO.- ¿Recojo, también, las estrellas?

DIOS TERCERO.- Sí.

(El escenario queda en una penumbra azulada, lechosa. Un silencio. Se oye el chisporroteo de la gran antorcha funeraria a pie de las gradas del templo. EDIPO está en el centro de la plaza, de espaldas al público, con los brazos abiertos mirando hacia la noche.)

EDIPO.- ¡Oh, dioses, dueños de los distintos humanos!

(LOS DIOSES ríen y saltan dándose palmadas en los muslos. La diversión está llegando a su punto máximo.)

DIOS SEGUNDO.- Phsss...

(Cesa el jolgorio. LA ESFINGE entra en escena.)

LA ESFINGE.- Me desperté y no estabas en el lecho. Tampoco tu espada estaba en su sitio.

EDIPO.- ¿Temiste por mi vida?

LA ESFINGE.- No. Corrí al cuarto de los niños.

EDIPO.- ¿Qué esperabas? ¿Hallarme allí, bañadas las manos, la túnica y los ojos en la sangre de mis hijos?

LA ESFINGE.- Quizá...

EDIPO.- ¡Oh, si me hubiera sido dada potestad sobre mis actos! Los hubiera ido ahogando uno a uno en el mismo vientre de su madre, para que jamás hubieran podido ver el sol y la noche y tantos caminos que serán testigos de esta ineludible desgracia que sobre todos se cierne como una gigantesca ala de cuervo.

LA ESFINGE.- Sólo veo la noche. Una noche como otra cualquiera. Repleta de siseos y de aromas. Una noche cálida y fecunda para el placer.

EDIPO.- Está ahí... Lleva un incendio de víboras por plumas y está roja y sucia como el roto cadáver de un soldado insepulto sobre el campo de batalla... Es mi noche. La esperada durante tantos años.

LA ESFINGE.- La luna y las estrellas han huido.

EDIPO.- Todo huye de mí. Todo menos estos sueños horribles.

LA ESFINGE.- Ésta ha sido tu última pesadilla. Hoy te tocará vivirla.

EDIPO.- ¿Hoy...?

LA ESFINGE.- Está amaneciendo.

(El escenario se ha ido iluminando lentamente. Grises suaves y azules intensos.)

EDIPO.- Sí. Es hora de que los heraldos convoquen al pueblo para el gran procesión de duelo. Que se vista de luto toda la ciudad, para asistir a la fiesta del gran muerto. Y de

los vivos que hoy serán cadáveres antes de que el sol se oculte.

(Da unas palmadas. Entra UN SIERVO.)

EDIPO.- Que den la consigna para que el pueblo, todo, se congregue en esta plaza vestidos y a con los enlutados trajes propios de este día.

(Sale EL SIERVO. A poco se oye un ruido. Sonido de trompetas. Luego la lejana voz de LOS HERALDOS que gritan desde las torretas.)

HERALDOS.- ¡Vístase la ciudad entera por la muerte de Layo...!

- Lloro, ¡oh, pueblo de Tebas!

- Es el día del gran dolor. El pecado de uno debe ser lavado por el llanto de todos.

EDIPO.- ¡Uno hay también, con cuya muerte se salvarán los demás...!

(Gran carcajada de LOS DIOSSES.)

EDIPO.- ¿Qué ruido fue ese?

LA ESFINGE.- No sé.

EDIPO.- Parecía una risa lejana.

LA ESFINGE.- Quizá.

(Sonido de trompetas.)

HERALDOS.- El rey os espera a la puerta de su palacio para dar comienzo a la ceremonia.

- Tiéndanse crespones de noche sobre la piel tibia de los mármoles.

.- Lloren los hijos de Tebas el viejo dolor del asesinato de su rey.

EDIPO.- ¡Oh, terrible sueño cada noche renovado!...
¡Aborrecibles fantasmas sin rostros girando y girando en pos del innombrable pecado!...

(Sonido de trompetas.)

EDIPO.- No habrá voces en mi funeral. Ni trompetas. Ni gemidos. Sólo un gran silencio expectante.

LA ESFINGE.- Cuidado. Ya llegan los primeros.

EDIPO.- He aquí que la vida de Edipo fue como una piedra negra arrojada en un estanque. Un grito. Un ligero temblor... ¡Después: nada...!

(Sonido de trompetas.)

HERALDOS.- Vístase de muerto la ciudad. Tiéndanse paños enlutados por plazas y calles.

.- El rey espera a su pueblo al pie de la gran escalinata del templo para dar comienzo los oficios.

**(Va entrando el CORO vestido con túnicas negras.
Lleva ánforas rojas para las oblaciones.)**

CORO.- ¡Ay..., Ay..., Ay...!

**(Mientras el CORO se sitúa se oyen los comentarios de
LOS DIOSES.)**

DIOS PRIMERO.- ¿Y ahora qué?

DIOS SEGUNDO.- Edipo va a hablarles.

DIOS TERCERO.- Un bonito discurso de exequias.

DIOS SEGUNDO.- Lo ideal sería poder subir a Layo de

los infiernos para que escuchara las bellas palabras con que su hijo va a honrar hoy, por última vez, su memoria.

DIOS CUARTO.- Ríete de los vivos. Haz sufrir a los vivos. Más sobre los muertos, bien lo sabes, nos ha sido negada cualquier clase de poder.

DIOS PRIMERO.- Es lástima.

DIOS SEGUNDO.- Silencio. Ya empieza.

(EDIPO ha subido la escalinata de su palacio. Se ha vestido los atributos reales.)

CORO.- ¡Oh día aciago!...

.- La luna se ha borrado y en su lugar quedó una negra moneda de bordes sangrantes.

.- ¿Qué nos espera?

.- Layo se revuelve en su tumba.

.- Los palacios de mármol han crujido.

.- El mar edifica junto a los muros gigantescos palacios de espuma.

EDIPO.- ¡Oh, pueblo! El gran día está sobre nosotros. Han cesado las fiestas y los cantos. El luto está en vuestros vestidos y en vuestros rostros. Un día, como hoy, vuestro rey Layo, mi antecesor, salió por esta misma puerta de mármol. Puso su pie en esta misma escalinata azulada y fría, en aquella mañana terrible. Y las losas de esta plaza desde donde me miráis, supieron de su alta sombra, soberbia y erguida, como la de un dios. Y una tarde, como la que hoy caerá sobre nosotros, bajo un cielo herido y sangrante como un toro durante el sacrificio, le visteis traer muerto. Cien heridas como cien lenguas de fuego gritaban a los dioses el horror de una muerte indigna. Este es el día de su recuerdo. Recorred las cien plazas de la ciudad y regadlas con vuestro llanto. Sepan todas las calles, aún las más estrechas, de vuestros pasos lentos y pesados por este viejo dolor cada año renovado. Purifiquemos la ciudad por el dolor de un día. No sea que los dioses nos exijan, si esta expiación les negamos, un dolor que no termine nunca.

(Gran carcajada de LOS DIOSES. El CORO sale en

**silencio. En escena. EDIPO, YOCASTA y CREONTE.
LA ESFINGE en un rincón.)**

EDIPO.- ¿Oísteis?

YOCASTA.- Yo nada oí.

CREONTE.- Nada escuché yo tampoco.

EDIPO.- Era una risa gigantesca, como un mar tempestuoso.

YOCASTA.- Sería el viento.

CREONTE.- O el mar, quizá.

EDIPO.- No.

YOCASTA.- ¿Entonces?

EDIPO.- Era un alboroto conocido. Hace días que está sobre mí.

CREONTE.- Haré aumentar la guardia de palacio.

EDIPO.- ¡No se trata de ruido de hombres...!

CREONTE.- ¿Y...?

EDIPO.- Era la risa de los dioses.

YOCASTA.- ¡Los dioses...! ¡Los dioses...! Aún hay alguien que cree en ellos, es cierto. Mas el día en que estos se pregunten cómo es posible tanto dolor sobre la tierra y alcen los ojos más allá de las estrellas, se encontrarán ¡con más estrellas...! Y dirán: ¿Dónde están los dioses...? Y sólo responderá un eco de siglos. La gran carcajada del universo. ¡Porque más allá está el vacío...!

EDIPO.- ¡Calla!... No despiertes la ira de los dioses. Bastante tenemos con su crueldad habitual.

YOCASTA.- Tus palabras son duras.

EDIPO.- Y aún más lo serán. El tiempo se ha acabado para Tebas. Pero aún puedo mandar un decreto para los blasfemos.

CREONTE.- ¿Un decreto?

EDIPO.- Un edicto de muerte. No hay risa impune contra los dioses dirigida. Voy a desagraciarlos. No conviene a mis

propósitos tener hoy a los divinos por contrarios.

(Entra en el templo. LA ESFINGE queda en la puerta.)

CREONTE.- ¿Y aún dudas?

YOCASTA.- Mas ¿qué puede hacerse?

CREONTE.- Acabará con todos. Su locura empieza a ser peligrosa. Si comienza a matar gente con la misma rapidez con que apedrea nubes, pronto no va a quedar un perro en la ciudad para contarlo.

YOCASTA.- ¡Oh, duda!

CREONTE.- Es preciso provocar la revolución. Sin embargo, es a ti a quien corresponde decidir.

YOCASTA.- ¡Oh contradicción entre el deber que nos dicta la cabeza y los impulsos del sentimiento!

CREONTE.- Todo está preparado. Tengo dispuesto varios hombres que saben hablar. El pueblo es algo tan manejable como una túnica. Con palabras se les puede traer y llevar a cualquier sitio y plegar en mil dobleces.

YOCASTA.- Muchos le son fieles.

CREONTE.- Pero la guardia de palacio está con nosotros. Han sido, por supuesto, testigos de las insensateces cotidianas de Edipo. Hace años que murmuran entre ellos.

YOCASTA.- Está bien. Mas no quiero que sufra daño alguno.

CREONTE.- Nadie osará poner las manos sobre su persona. Corro a dar las oportunas órdenes y a redactar las disposiciones que habrán de regir a su caída. Conviene que me hagas una lista de los tributos que para el pueblo regirán desde mañana.

YOCASTA.- ¡Será oportuno darlos a conocer ahora?

CREONTE.- Sí. Esta misma noche. Después que Edipo haya sido depuesto. Y el nuevo Gobierno constituido.

YOCASTA.- ¿No será prematuro?

CREONTE.- No. Al principio habrá una ligera conmoción. Para eso tendré el ejército preparado. El tiempo

hará lo demás.

YOCASTA.- Tebas no olvidará jamás a Edipo.

CREONTE.- El pueblo es un niño que hoy adora un juguete y mañana le destruye. Los reyes no son sino grandes juguetes públicos. La monarquía es un madero podrido. Su destino es caer.

YOCASTA.- ¿Y eso?

CREONTE.- Como todas las formas de Gobierno. A la larga cansan. Entonces es preciso sustituirlas. Pero de una forma suave. Tras el cataclismo aparente debe haber una oculta continuidad.

YOCASTA.- ¿Cómo piensas orientar el nuevo Estado?

CREONTE.- Le llamaremos república. Después de una tiranía, gustan siempre los sistemas liberales. En el fondo seguirá siendo lo de siempre. Pero al pueblo le gusta que le digan que nadie está sobre él. Que es el responsable de su propio destino. ¿Por qué vamos a negarle ese gusto?

YOCASTA.- Eres inteligente.

CREONTE.- ¿Sí? No vas a decirme que acabas de descubrirlo.

YOCASTA.- Es lástima que tu bondad no corra pareja a tu inteligencia.

CREONTE.- Vamos. El sol está en su cenit. Es tarde. Y aún hay muchas cosas por decir en estas cortas horas, que del gran momento nos separan.

(Salen. Aparece EDIPO en la puerta del templo. Baja la escalinata. Tras él LA ESFINGE.)

EDIPO.- La cuestión principal está en saber si existimos o no realmente.

LA ESFINGE.- ¿Cómo puedes dudar de lo que tu ojo ve, tu mano toca y de lo que tu corazón siente? ¿Acaso es un sueño que tú estés ahí y yo aquí? ¿Y que ese sea tu palacio y ésta la plaza mayor de tu ciudad?

EDIPO.- ¡Soñar...! ¡Vivir...! ¿Dónde está la diferencia. Sueña el que vive. Y soñar no es sino una de las múltiples

formas del vivir. Quizá existamos realmente. Mas ¿y si no fuéramos sino un sueño soñado por otro? ¿Por algún dios cruel que desde las tinieblas de su noche se divirtiera maneándonos como fantasmas a capricho? ¿Arrojándonos de dolor a dolor por el solo mecanismo de un juego incomprensible?

LA ESFINGE.- (Ríe alocadamente.) ¡Oh...!

EDIPO.- No te rías. Esto es muy importante. Se trata del gran problema. Del único problema. Porque yo, entonces, no sería responsable. Pero si existo, siendo como soy, inocente, ¿tiene explicación mi dolor? ¿En qué extraña lógica hallaría justificación este destino al que me hallo abocado y del que no me ha sido dado desviarme un ápice? ¿Han de quedar los seres humanos a la altura de los entes de ficción?

LA ESFINGE.- ¡No pienses! ¡No razones! ¡Vive! ¡Qué importa lo lógico o lo absurdo? No has sabido aprovechar tu sabiduría. Otro, sabiendo cuánto habría de sufrir al final, hubiera estrujado la vida hasta las heces. Eres un enfermo. ¿Qué sacas con dar vueltas y más vueltas a esas ideas en la cabeza. Lo importante es vivir.

EDIPO.- No. Lo importante es hallarle un sentido a la vida.

LA ESFINGE.- ¿Y eso?

EDIPO.- Porque si todo es conforme antes decía, ¿dónde está nuestra libertad? Y si ésta no existe, ¿qué son los remordimientos que, como perros rabiosos, nos acosan a la menor violación de la conciencia?

LA ESFINGE.- ¡Ah...! Con lo maravillosos que hubieran sido estos veinte años dedicados a divertirse...

EDIPO.- ¿Y esas noches terribles?... ¿Te has olvidado de ellas...?

LA ESFINGE.- ¿Tus noches?

EDIPO.- Mis noches pobladas de esos sueños espantosos que han dominado mi vida entera...

LA ESFINGE.- Seguro que no hubieran podido con una buena borrachera. Pero no. Tú no. Tú no. Primero me perdonas la vida. Y después te dedicas a exprimir de día los sueños de la noche. Y todos los presagios. Y dudas. Y oráculos. Y hechizos...

EDIPO.- ¡Vivir...! ¡Morir...! He aquí el ineludible dilema

de los destinos humanos. ¿Soñar quizá...? ¡Oh dioses!...

LA ESFINGE- Cae la tarde. El pueblo sigue llorando por las calles, pronto estarán aquí.

EDIPO- ¡Apresúrate tiempo!... ¡Que llegue pronto el instante decisivo! Entraré de nuevo en el templo. No quiero verlos. No vayan a conmovirme sus voces errantes horas y horas por todos los caminos. Pasó la mañana. Y he aquí que el sol último que les viera vivir está a punto de morir con ellos.

LA ESFINGE- ¿Piensas aún golpear el gong y que todos perezcan?

EDIPO- Sí. Preparado está el ejército para la gran batalla. Dispuesto el brazo de Edipo.

LA ESFINGE- ¿Y los dioses?

EDIPO- Entraré de nuevo en el templo. A gritos seguiré invocando piedad para mi pueblo.

(Gran carcajada de LOS DIOSES. EDIPO entra en el templo. Pausa. Cruza de pronto la escena un meteoro. Pausa. Vuelve a cruzar. Deja una estela rojiza. Entran ANTÍGONA, ISMENE, POLINICE y ETEOCLES. Sus frases son intercambiables.)

.- ¡El cometa...!

.- ¡El cometa...!

.- ¡Ahora pasa otra vez...!

.- ¿Qué es esa estela de luz?

.- ¡Está sangrando...!

.- ¿Sangrar? Los cometas no son seres. No tienen sangre.

.- ¡Es luz...!

.- Una extraña luz roja.

.- ¡Ahora desciende...!

.- ¡Va a chocar contra las colinas...!

.- ¡Ha caído en el mar...!

.- Se ahogará. Seguro.

.- ¿Vamos a ver cómo agoniza?

.- ¡Vamos...!

.- ¡Vamos...!

(Salen ISMENE, POLINICE y ETEOCLES. Queda en escena ANTÍGONA. Les sigue con la mirada. Observa furtivamente a su alrededor. Se acerca a la puerta del templo.)

ANTÍGONA.- Padre...

(Sale EDIPO.)

EDIPO.- ¿Qué haces aquí, Antígona? ¿Cómo no has ido con todo el pueblo? ¿No oyes sus voces suplicantes a lo lejos?

ANTÍGONA.- Nuestra madre nos lo impidió. Dice que van a suceder hoy hechos desacostumbrados. Nos ordenó que no saliéramos de palacio.

(Se oyen los gritos de unos niños que juegan. Sus voces son devueltas por las montañas rotas en mil ecos.)

ANTÍGONA.- **(Aparte.)** Está la noche aquí. Una para cada uno. Ansiosa de aprisionarnos en sus brazos hirvientes de sapos leprosos.

EDIPO.- ¿Hablabas sola?

ANTÍGONA.- No.

EDIPO.- ¿Recitabas, quizá?

ANTÍGONA.- Sí.

EDIPO.- ¿Una oración?

ANTÍGONA.- No. Un poema.

EDIPO.- ¿Con qué título?

ANTÍGONA.- Es una elegía. Tema: la muerte.

EDIPO.- No es asunto como para una niña.

ANTÍGONA.- Hoy los niños dejamos de serlo más aprisa.
Es el tiempo que se tarde en aprender a sufrir.

EDIPO.- ¡Vamos...!

ANTÍGONA.- Es demasiado triste.

EDIPO.- No importa.

ANTÍGONA.- (**Recitando.**) ... La muerte es una luna
vieja que morirá mañana...

EDIPO.- (**Rígido, ausente.**) Y en él se habla, sin duda, de
sus manos tibias y azuladas enlazándonos como látigos en
espera del momento señalando...

ANTÍGONA.- Sí.

EDIPO.- ... Y de todas las cosas que la vida hubiera podido
ofrecernos.

ANTÍGONA.- Sí.

EDIPO.- ... Y de las tardes quietas para la amistad; y de las
noches tibias para el amor...

ANTÍGONA.- También se habla en él de la turbadora paz
de las montañas. Y del grito de los cuervos en la mañana
azul...

EDIPO.- Y de ese instante maravilloso en que el sol es una
gigantesca moneda de oro. Para luego enrojecer hasta tomar
el color de la sangre. Y fundirse en mil gotas de luz...

ANTÍGONA.- Sí. Las estrellas.

EDIPO.- Y de la voz de los pastores. Los ladridos de los
perros. Y los grillos con el roce agudo de sus élitros.

ANTÍGONA.- Y el caer de un pájaro vertical sobre la
tarde. Y la brisa última moviendo las hojas de los árboles.

EDIPO.- ¡Ay...!

ANTÍGONA.- Y del sarcófago de las lunas recién
ahogadas. Y de la danza de los muertos bajo el agua...

EDIPO.- ¡Ay...!

ANTÍGONA.- Y del infinito cementerio azul de las
gaviotas. Y de los caballos helados que arden y gritan entre

las llamas...

EDIPO.- ¡Antígona...!

ANTÍGONA.- Y de aquél globo azul en que todos soñamos de niños...

EDIPO.- ¡Antígona...!

ANTÍGONA.- Y de la infinita red de las caracolas doradas, con su única estrella en el fondo como un ojo vivo...

EDIPO.- ¡Calla...!

ANTÍGONA.- ¡Oh! Es todo tan maravilloso...

EDIPO.- Antígona: ¿Amas la vida?

ANTÍGONA.- Sí. Con toda la pasión del que sabe que va a perderla joven.

EDIPO.- ¿Qué es para ti lo más adorable en ella?

ANTÍGONA.- La poesía...; el amor de los demás...; una puesta de sol...

EDIPO.- ¿Y los dioses?

ANTÍGONA.- Los temo. Los niños tememos siempre lo que no comprendemos.

EDIPO.- También los hombres. El temor está siempre en la ignorancia. Más, asimismo, en el fondo de toda sabiduría. Ser hombre es tener miedo. Estar siempre al acecho de lo que puede suceder.

ANTÍGONA.- Entonces es triste ser hombre. Es mejor ser siempre niño. O quizá dios.

EDIPO.- ¿Dónde están tus hermanos?

ANTÍGONA.- Subieron a la gran colina. Un cometa se precipitó antes en el mar. Han subido a verle morir. Quizá esté vivo aún, ahogándose despacio... Despacio...

EDIPO.- Y tú ¿por qué no subiste?

ANTÍGONA.- Es cruel.

EDIPO.- Vete. Asiste tú también a la agonía de ese astro. Es mejor que aprendas la muerte en las estrellas. Para que luego no te aterre cuando la veas posarse sobre los hombres.

**(Se oyen voces que gritan: ¡Antígona...! ¡Antígona...!
¡Antígona...! El eco las multiplica en mil susurros
lejanos.)**

EDIPO.- ¿Qué son esos gritos?

ANTÍGONA.- Mis hermanos. Me llaman.

EDIPO.- Vete entonces.

ANTÍGONA.- Adiós.

(ANTÍGONA sale.)

EDIPO.- ¡Ojalá hubiera podido decir: Hasta nunca...!

**(Se oyen gritos. Ruido de armas. Entra el CORO con
antorchas encendidas. Vienen soliviantados agitando
los brazos por encima de las cabezas.)**

CORO.- ¡Ay de Tebas, la desdichada!

.- ¡Caiga Edipo!

.- Mil extraños cometas nos visitan.

.- ¡El cometa...!

.- No hay soldados guardando las murallas.

.- Culpa es de tu locura, Edipo.

.- ¿Qué noche habrá ya de paz para nosotros?

.- El extraño cometa nos mira desde el fondo del mar
con su ojo terrible...

.- Semeja una luna muerta que en las aguas recibiera
sepultura...

.- ¡Caiga Edipo!

.- Hemos visto rodeando la ciudad una nube de
árboles vivos, con espadas refulgentes...

.- ¿Qué significa esto?

.- ¡Ay..., ay..., ay...!

- ¿Qué nueva locura de Edipo ha privado a Tebas de sus guardianes armados?

- Indefensos estamos ante cualquier ataque imprevisto.

- ¡Caiga Edipo!

- Muera el que hasta hoy más que por rey por padre tuvimos, y aún por dios.

EDIPO.- ¿A qué vienen esas voces de protesta? Os pasáis el día llamándome grande, poderoso, bueno, y a la noche llegáis con gritos infamantes a la puerta de mi palacio. ¡Oh, pueblo! ¿No tuviste cuenta de la fecha? Veinte años ha, en un día como hoy, fue muerto vuestro rey a manos de ladrones. ¿Más bajo que aquellos asesinos quiere hoy caer mi pueblo, que no ya uno o varios, sino todos, colectivamente, haciendo de la cosa empeño común quieren convertirse en regicidas?

CORO.- Nada tenemos contra ti.

- No hemos olvidado, Edipo, tus servicios.

- En contra venimos de un loco que por rey tenemos.

EDIPO.- ¿Y quién es vuestro rey, sino yo? ¡Contra mí venís!

CREONTE.- Quieren decir que no otra cosa pretenden, sino tu abdicación. Te deben respeto. Te quieren. Pero con el amor y la reverencia que se tiene con las figuras legendarias. Todos confiesan admiración por los genios, pero ninguno quiere dejarse gobernar por ellos.

EDIPO.- ¿Qué hombre osará desatar lo que los dioses ataron? Rey soy por mandato de los dioses. Y para desdicha mía.

CREONTE.- Tú no eres rey.

EDIPO.- ¿Qué soy, entonces?

CREONTE.- Un artista... Un poeta quizá... Un ser superior. Un dios entre dioses. No un hombre entre los hombres. El pueblo gusta tener genios a los que admirar. O bien locos de los que reírse. Pero al hombre le gusta verse regido por el hombre. Le conoce. Sabe sus defectos. Mas no por seres con los que toda previsión es imposible.

EDIPO.- No puedo renunciar. Ser rey es un sacerdocio. No es elección voluntaria. Sino mandato de los divinos.

CREONTE.- No. No hay tal orden superior. Reinar no es sino un oficio. Y como todos los oficios llega un momento en que el hombre debe ser reemplazado. Pues, tanto dura cuanto es útil. Y tanto vale cuanto rápido y concienzudo es su trabajo.

CORO.- ¡Fuera Edipo...!

.- ¡Abdica en tus hijos...!

.- ¡Sea Creonte nuestro valedor...!

EDIPO.- ¡Silencio! Sé que no es salido de vosotros cuanto decís. Algún dios ha puesto esas palabras en vuestros labios para que, despertando mi ira, os dejara vivir para dolor vuestro y en castigo de tanto atrevimiento.

CORO.- ¿De qué hablas?

.- ¿Qué murmura la locura de Edipo?

.- ¿Qué daño oculto encierran sus palabras?

.- ¿Qué esconde tan artificioso lenguaje?

.- ¡Ay, que las noticias agradables no es preciso adobarlas!

.- ¿Qué nueva pena va a decirnos éste?

EDIPO.- Es llegada la hora del tránsito. Aborreced en vuestro corazón vuestros pecados. Orad fervientemente a los dioses. Hoy, es Edipo vuestro salvador. Más que ayer de la Esfinge. Pues si entonces os liberé del presente, hoy lo hago del futuro temible para vosotros por incierto, pero horrendo para mí por conocido. He aquí que me ha sido dado un poder comparado al de los dioses: El de desviar de su curso vuestro destino humano. Nada he podido para mí mismo. En cuanto a vosotros y para vuestra salvación, así como un día os liberé de la muerte, hoy os libero de la vida.

CORO.- ¡Oh presagios terribles!

.- ¡Qué querrá decir el gran Edipo con términos tan confusos?

.- Que si un enigma descifró, con un enigma nos quiere destruir.

EDIPO.- (**Aparte.**) He aquí que esta felicidad nacida de la mentira, ha de morir por la mentira.

CORO.- ¡Oh, misterio insalvable!

EDIPO.- Estaba escrito que yo habría de matar a la Esfinge. La historia de Edipo y la de los suyos estaba ya decidida desde hace millones de años. Pero nada dijeron los oráculos de vosotros. Y he aquí que yo quiero salvaros de que algún dios llegara a fijarse en vuestras blancas playas, en vuestras mujeres y efebos, y, os odiara envidioso de vuestra felicidad.

CORO.- ¿Cómo pueden los dioses envidiar a los mortales?

.- ¡Oh blasfemo Edipo!

.- ¡Oh impío Edipo!

.- Un castigo está al caer.

.- Es por ti por quien los cielos se tiñen de sangre y las colinas se abren como frutas podridas.

(EDIPO golpea dos veces en el gran gong. El CORO retrocede asustado. Todos esperan que algo terrible va a suceder.)

CORO.- ¿Qué significa esto?

.- ¿Qué oculta señal?

.- ¿Qué mensaje a hombres o a dioses envías, ¡oh poderoso rey?

EDIPO.- (Con una voz solemne y profunda.) ¡En cien plazas está la muerte!

(Entra EL MENSAJERO.)

EL MENSAJERO.- ¡Oh, Edipo! Te traigo una noticia funesta. El ejército acampado ha sido destruido por una extraña enfermedad. Ha sucumbido totalmente. Bebieron las aguas del lago en que tú sueles bañarte, según dicen. Todos han muerto. Hombres y caballos. Caen a racimos sobre la explanada. La tierra ha florecido millares de cadáveres. El cielo está cubierto de pájaros negros. En vano abriste las puertas todas de la ciudad y congregaste en sus cien plazas a todos sus habitantes. Ningún ejército podrá entrar. No existe.

(De pronto EL MENSAJERO se tambalea y cae. Muere. El pueblo se arremolina en torno suyo. A poco brota de entre la multitud un grito terrible.)

CORO.- ¡La peste...!

- ¡La peste...!

.- ¡La peste...!

(Salen todos huyendo. Quedan en escena tan sólo EDIPO y LA ESFINGE.)

(Se oyen las risas ahogadas y los cuchicheos de LOS DIOSES.)

EDIPO.- Se está muriendo alguien. Y yo lo sé. Preguntó: ¿Dónde están, ¡oh Edipo!, los sueños antiguos con que antes conseguías engañarte? No sé. Ya nada sé. Sólo que la muerte está ahí. En algún sitio. Esperando. En una noche como ésta y fui niño sin saberlo. Y estaba todo tibio. Pero ya todo es inútil. Nada se puede hacer. El juego está decidido. Y no es posible volver a empezar.

... Solo. Solo como ese perro ciego de la esquina. Rotas las alas para el goce posible. Solo bajo la noche poblada de signos atroces.

(Las luces comienzan a encenderse y apagarse vertiginosamente. El cielo se puebla de extraños fulgores. El lejano tan-tan arrecia su rítmico golpeteo, como si el corazón de la ciudad se resistiera a morir. Los ojos de EDIPO tienen ahora innegables destellos de locura. Agita los brazos. Y todo él como la llama de una antorcha movida por el viento. La risa de LOS DIOSES es ahora más cruel, más metálica que nunca. Súbitamente, EDIPO, en el paroxismo del horror, sube corriendo la escalinata de palacio. Coge con ambas manos una gran maza. Y comienza a golpear en el gong. Es la locura.)

EDIPO.- (Golpe de gong.) ¡No hay salvación posible...!
(Golpe de gong.) ¡El hombre es irrecobable. **(Golpe de gong.)** ¡Su libertad, un sueño...!
(Golpe de gong.) ¡Los

dioses, una broma cruel...! **(Golpe de gong.)** ¡La conciencia, una estafa...!

CORO.- (Fuera. Lejanísimo.) ¡Ay..., ay..., ay...!

(LOS DIOSES cesan en sus risas. Se hace un gran silencio. No hay más luz que alguna antorcha de las del CORO que, caídas sobre las losas de la plaza, lanza sus últimos guiños.)

EDIPO.- (Con voz sorda.) ¡Esfinge...!

LA ESFINGE.- Señor.

EDIPO.- ¿Dónde estás?

LA ESFINGE.- Aquí.

(LA ESFINGE sale de su escondite. Se sitúa en el centro de la escena. EDIPO se acerca a ella.)

EDIPO.- Tú eres el misterio. Debes morir. Porque ahora van a saber. Creen que será mejor. Que el saber les redimirá. Pero no. Quedarán a solas con su lógica. Sin el enigma de la Esfinge. Sin la autoridad de Edipo. A solas con esa mentira que llaman libertad. Solos. ¿Puedes tú comprender lo que esto significa? ¡Solos! Jueces de sí mismos. Atrozmente libres. Monstruosamente a solas con el absurdo de su libertad. Y el gran mito de su vida consciente sobre sus frentes esclavas.

(Tiene a LA ESFINGE bajo sus rodillas. Comienza a reír nerviosamente. Sus manos se cierran en torno al cuello de LA ESFINGE. La ahoga. Durante el forcejeo la risa de EDIPO se ha hecho estridente.

Insoportablemente histérica. Deja caer el cuerpo muerto. Se levanta. Y en medio del impresionante silencio surge, de nuevo, su voz ya definitivamente demente.)

EDIPO.- ¡¡Traedme mi manto de púrpura!!... ¡¡Traedme mi corona de plata y de marfil!!... ¡¡Traedme mi cetro de gemas

y oro!!...

(En la plaza desierta sólo el eco de su voz le responde devuelto por los mármoles. Una pausa. EDIPO sube la escalinata. Entra en palacio. Va él mismo en busca de los atributos reales. Se los pone.)

EDIPO.- ¡Vístase Edipo de rey para por última vez cumplir el triste oficio señalado! Nada me resta sino sentarme a la puerta de mi palacio en espera de lo que ha de suceder...

(Se sienta en la escalinata.)

EDIPO.- ... ¡Oh blanco mármol que nada sabes y tienes la felicidad en tu ignorancia! ¡Ojalá me hubiera sido concedido nacer piedra para nada haber sabido de las desdichas del ser humano!...

(Aparece claramente en el cielo una luna roja. Las estrellas van saliendo también lentamente de la noche.)

EDIPO.- ... ¡Oh luna!... ¡Oh estrellas!... ¡Oh noche!... Todo el universo sin vida está hoy sobre Edipo, expectante ante lo que va a suceder...

(Grandes risas de LOS DIOSES.)

EDIPO.- ... También los dioses. Oigo sus risas. Tan sólo los hombres han abandonado a Edipo en la hora de la gran prueba. ¡Los dioses...! Mas no he de pedirles clemencia. Sé muy bien hasta qué punto son crueles. ¡Qué terrible voz hallar podría tan gigantesca que a su altura pudiera colocarme? Ya sé. Para mostrar su grandeza los divinos tienen el poder. Los hombres, el arte. En cuanto a mí, sólo me resta morir. Tenga pues Edipo un final tan grande como a un ser humano le sea dado alcanzar. Haga Edipo de su muerte esa obra de arte que le subirá a la altura de los dioses.

(Se levanta. Recoge la túnica en torno al brazo derecho con ademán declamatorio. Habla lentamente con una voz monocorde y oscura.)

EDIPO.- Comience pues Edipo el ensayo del famoso discurso que mañana debe pronunciar ante su pueblo...

(Hay en su último gesto toda la majestad de un dios.)

EDIPO.- ... ¿A qué venís a mí con esos ramos de suplicantes...? ¿Qué nuevo dolor han arrojado los dioses sobre la infausta ciudad que nos cobija?...

(Va descendiendo las escaleras mientras habla lentamente. Está ahora en el centro de la plaza. Los brazos extendidos. Mirando hacia la noche. Grandes risas de los dioses. El ruido del lejano tan-tan pasa a primer plano. EDIPO sigue hablando aunque ninguna se puede recoger de sus palabras. El escenario se halla en la más absoluta oscuridad. Sólo se ve la gigantesca silueta de EDIPO recortada en un fondo de cielo enrojecido. Una pausa brevísima.)

(Cae el telón.)